

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1870. — TOMO XXXVI.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 29. — N° 917.



FRANCIA. — La declaracion de guerra. — Sesion del 15 de julio en el Senado.

SUMARIO.

La declaración de guerra; grabado. — A nuestros lectores. — Poetas líricos del siglo XIX. — La guerra ilustrada; grabados. — Salida de tropas; grabado. — Campamento de tropas en Metz; grabado. — Revista de París. — La Francia y la Prusia. — El Bolsín del boulevard de los Italianos; grabado. — Viva la guerra!; grabado. — Viva la paz!; grabado. — De Villahermosa á la China. — Estrasburgo; grabado. — Las manifestaciones; grabado. — Aspecto de los bulevares en las noches de las manifestaciones; grabado. — Escenas de la vida inglesa. — Mapa del Gran Ducado de Luxemburgo; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado. — El Alto Tribunal de Justicia; grabado.

A NUESTROS LECTORES.

Con el título de la *Guerra ilustrada*, inauguramos hoy en nuestro periódico una sección especial dedicada á dar cuenta circunstanciadamente de los grandes sucesos militares que se preparan.

Dos grandes naciones beligerantes van á emprender la lucha: mas de un millon de combatientes se van á encontrar frente á frente armados con medios de destruccion desconocidos hasta el dia, que darán á esta guerra gigantesca un carácter que en vano se buscaria en los anales de las guerras anteriores.

El *Correo de Ultramar* cuenta con todos los elementos necesarios para hacer la historia mas completa que pueda escribirse de la guerra entre Francia y Prusia. Mientras duren las hostilidades nuestros dibujantes no cesarán de acompañar á los diferentes cuerpos de ejército y ellos nos transmitirán los informes mas auténticos y mas rápidos, sin que por esto dejemos de aprovechar tambien los boletines oficiales y cuantas noticias puedan contribuir á ilustrar al lector sobre los movimientos de tropas y las operaciones militares, á la par que nuestros grabados ofrecerán la exacta representacion de los sucesos á medida que se produzcan en el teatro de la lucha.

En suma, el *Correo de Ultramar* se propone hacer esta vez lo que hizo cuando las guerras de Crimea y de Italia, esto es, una narracion exacta, detallada y seguida de todos los hechos de la guerra, brevemente en aquellos que por su carácter político especial, sean mas propios de la *Parte Política*, donde se encontrarán con la debida extension; y mas detenidamente en los que se presten á las ilustraciones y que por lo tanto deban tener cabida en este semanario, reflejo fiel de todos los acontecimientos, episodios y peripecias que dan de sí las actualidades del universo.

Poetas líricos del siglo XIX.

LEOPARDI.

(Continuacion. — Véase el número 916.)

Las hordas de Atila y Alarico, por su ferocidad, ¿no eran quizás las vengadoras almas de los esclavos y oprimidos, resucitadas en aquellos cuerpos salvajes? Las espadas góticas de que habla el cantor de Bruto, ¿no eran, por su dureza, el hierro fundido de sus cadenas? Las iras de los bárbaros ¿no eran tal vez las iras fermentadas en las arenas de los circoes, en la podredumbre de las ergástulas?

Después de aquella ruina inmensa, expiacion de tan criminal grandeza, ¿podia responder al patriótico ideal de Leopardi la Roma papal, que con los girones de la púrpura imperial hizo el manto de la púrpura cardenalicia, y renovó á veces las abominaciones paganas, realizadas con el sarcasmo de la santidad? ¿Podia responder aquella Italia destrozándose en las incesantes luchas de sus repúblicas rivales? ¿Podia ser su época aquella en que el mayor poeta de Italia creó un espantoso infierno solo con retratar las figuras de su siglo y de su ingrata patria, que á pesar de su genio, le condenó al destierro y á ser quemado vivo? ¿Podia ser su siglo aquel en que la dormida estatua de la *Noche*, de Miguel Angel, con una estrofa de su propio autor, pedia que no la despertasen mientras durase el daño y la vergüenza de la patria?

Si los pasados tiempos de la historia italiana no correspondian al ideal de la grandeza basada en la libertad y en la justicia, ¿correspondia mejor la antigüedad griega á tan bello ideal?

Aunque nos aparte un poco de nuestro asunto, hagamos una rápida evocacion de la historia del pueblo griego.

En el período que sigue á la guerra de Troya vemos una serie de crímenes y monstruosidades. El heroismo se convierte en brutalidad; la epopeya homérica se descompone en los repugnantes episodios trágicos, ennoblecidos solo por la musa de Sófocles, Esquilo y Eurípides.

En la Constitucion política de Atenas y Esparta aparecen costumbres y leyes semisalvajes. La crueldad espartana presenta la *cryptia* ó caza de ilotas. Las leyes sangrientas de Dracon prueban la violencia de aquella sociedad. La esclavitud aparece como una mancha afrentosa para aquellas aristocráticas democracias. Ni Licurgo ni Solon en su obra reorganizadora pudieron purgar sus leyes de ciertos derechos brutales é indignos de una república libre.

Llegan por fin los tiempos favoritos de Leopardi, los tiempos heroicos de la epopeya métrica, mas digna que la toma de Ilión de la lira de Homero, y que tuvo por narrador al padre de la historia, al gran Herodoto. Esta época, en que el heroismo griego excede á los límites de lo humano, ha dejado consignadas las glorias de Maraton, Platea, Salamina y Mycale: los nombres consagrados de Leonidas, Milciades, Aristides, Temístocles y Cimón, titanes vencedores del coloso persa, sin cuyo esfuerzo quién sabe si hoy la Europa estaria todavía *asiatizada*.

¿Qué premio tuvieron aquellos grandes hombres? Aristides, el *Justo*, fué condenado por Temístocles al ostracismo, y tras largos servicios murió en la miseria. Temístocles, el vencedor de Salamina, recibió la segunda corona del triunfo, pues cada cual se adjudica á sí propio la primera (1), fué acusado de traicion, condenado al ostracismo, y encargado luego de una expedicion contra sus mismos compatriotas, puso con el veneno fin á una vida gloriosa, pero no exenta de manchas, sobre todo en lo relativo al manejo de públicos caudales. El heroico Cimón tambien sufrió el ostracismo.

En el brillantísimo período del olímpico Pericles, durante aquella dictadura sabia, artística y literaria, en que florece en todo su esplendor el genio helénico, y por las calles de Atenas pasean á un mismo tiempo Sócrates, Anaxágoras, Apolodoro, Meton, Hipócrates, Cratino, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Lysias, Mnesides, Herodoto, Ictino, Fidias, Zeuxis y Polygnoto, durante aquel reinado del saber, se nos presentan grandes indignidades é ingratitudes. Pericles, el tipo ideal del ciudadano, es blanco de las mas atroces calumnias, especialmente por parte de los poetas Cratino y Eupolis.

Su gran amigo, el inmortal Fidias, acusado de robar el oro de la estatua de Minerva, y luego de impiedad, sufre el destierro. Su maestro Anaxágoras, el Galileo de la antigüedad, se libra de la muerte por el destierro. Su amada Aspasia, aquella mujer extraordinaria, elocuente, encarnacion del genio griego, y hermosa como una estatua animada por la llama del pensamiento, aquella libre pensadora, es acusada de impiedad: ella misma se defiende, pero ni su elocuencia, ni la de Pericles sirven. Solo las públicas lágrimas que esta derrama ante el Areópago, alcanzan el perdón de su genio, que era su único delito.

(1) Esto prueba que en Grecia las coronas corrian la misma suerte que nuestras condecoraciones. Aquellas poéticas coronas eran ni mas ni menos que nuestras cruces.

Muerto Pericles, su sobrino, el hermoso y espléndido Alcibiades, arrastra á Grecia por el camino de sus ambiciones, locuras y *calaveradas*. Dotado de todas las seducciones físicas, de todos los atributos del ingenio, lleva en su sangre todos los apetitos del vicio, en su frente todas las ambiciones y perfidias: escéptico, sacrilego, libertino hasta el escándalo; opulento y derrochador, animoso, valiente y hasta virtuoso en ocasiones, aquel Tenorio clásico, es ídolo y azote de su patria, y muere por fin asesinado. Sus corrupciones hacen posible á su muerte la dura tiranía de los cuatrocientos hombres honrados y el triunfo de Lacedemonia, consumado por el feroz Lysandro, especie de verdugo, que al establecer la hegemonia espartana, deja por herederos naturales á los treinta tiranos, los terribles *hemovoros*, bebedores de sangre, en cuyo tiempo Sócrates muere con la filosofía y la cicuta en los labios.

Transíbulo restablece momentáneamente la democracia, Epaminondas da á Tebas un predominio pasajero que termina en Mantinea. Grecia, desgarrada por sus eternas discordias, cae en las redes de Macedonia. En el oro de Filipo se ahoga el patriotismo griego. La compra elocuencia de Phocion y Eschino, que proponen la deshonra de la patria, es mas escuchada que las inmortales *Filípicas*, último y maravilloso acento del patriotismo helénico. En Cheronea, las célebres picas de las falanges macedónicas atan á Grecia al carro triunfal de Alejandro, el prodigioso conquistador que en treinta y tres años de vida somete medio mundo á su cetro, y con un golpe de su espada tritura la nacionalidad griega y pulverizada la esparce por el Oriente como una semilla civilizadora.

A la muerte del héroe macedon, las espadas, mas viles que puñales, de sus generales, reparten la presa comun, y forman las tristes monarquías greco-macedónicas, las de los Ptolomeos y los Seleucidas. Entonces Demóstenes trata de galvanizar con su elocuencia el cadáver de su patria, y él mismo tiene al fin que darse la muerte con el veneno dentro del templo de Neptuno.

Las ligas Achea y Etolia son las últimas convulsiones del patriotismo. Filopomeno, el último de los griegos que resiste á la ambicion romana, tiene que beber la cicuta.

En Leucopetra muere al fin Grecia devorada por el monstruo romano, y se torna la provincia Acaya de aquel imperio. En vano intenta renacer con Mitrídates; Silla ahoga aquella llamarada con sangre ateniense, y Grecia es por fin borrada del libro de las naciones, y quedando reducida á presa de los brutales Césares bizantinos, y después á infeliz esclava del poder otomano.

Hemos visto los cuadros disolventes de la historia del mas bello de los pueblos, y como las sombras de Macbeth, las de sus mas ilustres guerreros, sabios y ciudadanos. ¿Qué borrones aparecen entre los esplendores de tan brillante evocacion?

Crímenes horrendos en los tiempos trágico-heróicos de Homero: intrigas, sobornos, falsías, perfidias, fraudes, tiranías, envidias, rivalidades; interminables guerras intestinas, hijas del egoismo municipal característico de aquel pueblo, para quien el amor á la patria era solo el amor á la ciudad. Vemos revoluciones que se suceden como los eslabones de una cadena de calamidades: la ferocidad las mas veces disfrazada con el nombre de heroismo; bandidos elevados á la categoría de héroes. Las sombras augustas de los verdaderos héroes y patriotas aparecen manchadas de sangre, ultrajadas por la calumnia, condenadas por la envidia al ostracismo, derribadas de sus pedestales de oro, y arrastradas en el fango por la popular ingratitud; el veneno ó el puñal siendo el único refugio y remedio de las almas grandes en las supremas miserias. Vemos un sentido moral pervertido, un escepticismo constante, las cortesanas imperando como reinas; Frine, la querida de Praxiteles, ofreciendo restaurar á su costa la ciudad de Tebas, destruida por Alejandro; el Areópago decretando el aborto de la hermosísima Aspasia. En aquel pueblo los oradores venden su elocuencia, los jueces sus fallos, los oráculos sus revelaciones; los dioses están mas degradados que sus sacerdotes; Venus Urania se convierte allí en afrodita, y luego degenera en Venus Libitina; el amor pierde su celeste origen, y se convierte en un apetito tan brutal, que hasta violenta las leyes de la naturaleza, y cuya sola pintura mancha las sublimes páginas del *Fedro* y del *Banquete* de Platon; la filosofía se degrada con las dialécticas de Gorgias y la vil raza de los sofistas. Estas depravaciones constituyen la vida moral de aquel pueblo sin espíritu político, pues en el eterno antagonismo de sus ciudades y razas, no halla jamás el secreto, la fuerza de una nacionalidad, la armonía de una federacion, ni la autoridad de una hegemonía. Solo el portentoso genio, el arte, la poesia la filosofía, la elocuencia, se destacan como los rayos de una aureola divina que corona la frente de aquel pueblo, esclavo de sus propias miserias, maestro por su inteligencia sin segundo.

Dos cosas grandes dejaron Grecia y Roma; la primera el arte y la filosofía; la segunda el derecho. Pero sus degradaciones, horrores y tiranías; el sarcasmo de los filósofos griegos y la risa de los augures romanos, todo esto debia terminarse y formularse en el desdeñoso grito de Bruto negando la virtud humana.

Ahora bien: ¿no veia Leopardi que muchos de los grandes rasgos y virtudes de la antigüedad griega y romana, representaban el esfuerzo desesperado del indivi duo contra la sociedad, una protesta contra el vicio ó la comun baja? Eso sin contar con que aquellos rasgos solian ser inmensos orgullos, brillantes delitos, en suma, *splendida peccata*, como tan gráficamente llama

san Agustín á las virtudes de los antiguos anacoretas.

Compréndese que Leopardi, como Gœthe, se hubiera enamorado de la Grecia artística tan llena de grandezas, pero no de la Grecia política tan plagada de miserias. Es verdad que en su visión de poeta aparecía ante sus ojos la colosal galería de Plutarco, y al lado de aquellas figuras le parecían pigmeos sus contemporáneos. Al contemplar tantos héroes olvidaba que la sangre generosa de un triunfo no borra la de cien crímenes. Además el poeta de Recanati cometía el error, hoy tan común, de juzgar superior el heroísmo antiguo al moderno. La estrategia de hoy hace más difícil el heroísmo individual; esta es la única diferencia. ¿No había visto el poeta pasar la sombra de Napoleón, más alta que las de César y Alejandro? ¿No había oído los nombres de Bailen, Zaragoza y Trafalgar? ¿No había visto levantarse á vengar el asesinato de los Sulliotas y á renovar el valor antiguo, á los Kanaris, Mavrocordato, Marco-Botzaris, Miaulis, Ipsilanti, Germanos y Kolocotroni? Sin menoscabar en nada el heroísmo helénico en las guerras médicas, no olvidemos que siempre los ciudadanos que defienden una patria, un hogar, luchan con más valor, mejor dicho, con más desesperación que los invasores. En Salamina, cantada por Leopardi, los griegos pelearon como leones, pero en cambio los persas estuvieron tan cobardes, que habiendo luchado con gran valor la reina de Helicarnaso, Artemisa, se dijo que los hombres habían peleado como mujeres y las mujeres como hombres.

Leopardi contemplaba á Grecia con ojos de artista y poeta, y á su patria con ojos de filósofo: la *perlesia* griega le parecía preferible á la *parálisis* italiana; no presentía que pronto había de curarse la enfermedad de su adorada Italia.

IV.

Hemos dicho antes que Leopardi era ateo. Veamos pues, este otro gran aspecto de su poesía.

Hay un error muy admitido que consiste en creer que el ateísmo esterilizando el corazón y la fantasía, es contrario al arte y á la poesía; que el ateísmo degrada la conciencia humana, y hasta impide las acciones nobles y generosas. Esto es inexacto. César que en pleno Senado declaraba que « nada hay más allá de la muerte, » fué más grande que muchos piadosos emperadores, incluso Constantino. Bacon dice: *el ateísmo no destruye los sentimientos naturales, ni ataca en nada las leyes y costumbres: el ateísmo jamás turbó los Estados.* Caro dice que el materialismo científico puede conciliarse con una ejemplar austeridad.

El ateísmo no sólo no degrada la conciencia, sino que no destruye los más nobles sentimientos del corazón ni agosta las flores de la fantasía. Para probar esto, basta contemplar la vida ejemplar, pura, casta, casi de santo, de Leopardi, contrastando con su poesía sublime y apasionada en que canta el ateísmo y la desesperación de su alma. El ateo Lucrecio hizo el más profundo poema de la antigüedad; el gran Shelley impregnó de ateísmo su altísima poesía. Y es que en poesía es bello todo lo que es humano. Poéticamente pueden ser igualmente hermosos Jehová y Satanás, la plegaria y la blasfemia, los arrebatos de la fe y las interrogaciones de la duda, el paraíso y el infierno, los ángeles y los condenados, como en arte son tan bellas las vírgenes de Murillo como los bufones de Velazquez, como en literatura es tan precioso el *Decameron* con sus obscenidades, como los castos amores de *Pablo y Virginia*.

La poesía es la transformación artística de todos los elementos de la vida, y en este concepto el ateísmo, haciendo apartar la vista de la abstracción mística y encajando la naturaleza en sus moldes naturales, hace más viva, real y apasionada la expresión de los afectos humanos. Si el ateísmo conduce á la desilusión, no olvidemos que el cristianismo, por distinto camino, conduce al mismo término; el automatismo del ente humano, al pesimismo idealizado sólo por la esperanza. El ateo no reza como el creyente, pero en lo humano ama, cree, espera, admira, llora, se sacrifica por sus semejantes, con mayor abnegación por lo mismo que toda su energía moral la reconcentra en el círculo de la vida real sin ulteriores aplazamientos ni esperadas recompensas. Los sentimientos de amor y caridad no son *cristianos*, son *humanos*, y el cristianismo no hizo más que sancionarlos y santificarlos.

Leopardi era un cristiano sin fe, tenía un corazón puro rebosando de caridad y amor; era dulce, amable y generoso, y su ateísmo no le arrancó tan hermosos sentimientos. Su corazón amante y su inteligencia escéptica le arrancaron, á falta de plegarias, sublimes cantares. Si alguien tacha de blasfema su poesía, puede decirse estas elocuentes palabras de Renan á Dios: « La blasfemia del hombre de genio debe agradarte más que el vulgar homenaje de la alegría satisfecha. El ateo es más bien el que te conoce mal que el que te niega. La desesperación de Lucrecio y Byron fué más conforme á tu corazón que esa descarada confianza del optimismo superficial que te insulta al bendecirte. »

Para Leopardi no hay más Dios, más Providencia que el Hado, el Sino, el *Fatum* de los antiguos; una fuerza ciega, una ley arcana, un poder oculto que impera para daño común; poder enemigo del hombre, que sin escuchar su lamento le lanza á la vida, al dolor, á la miseria y á la muerte. Ignorar ese destino es la felicidad; conocerle, la sabiduría; afrontarle, el heroísmo. ¿Cómo el poeta que cree en la inflexibilidad del hado, en el

poder inquebrantable de la *férrea necesidad*, le dirige sus poéticas imprecaciones? Se comprende acusar, maldecir ó invocar á un ser vivo, inteligente y responsable de nuestra miseria, y que pueda acoger la súplica y enmendar su falta; pero desafiar y provocar á lo inerte, á lo sordo, á lo ciego, á lo brutal, á lo muerto, no se concibe. Al *sino* se le acata y se le teme, no se le acusa. Bruto desafiando al destino es tan insensato como el guerrero que con su espada quisiera partir al vacío en pedazos.

En medio de sus terminantes negaciones, se le escapan al poeta frases que hacen sospechar que hay en su corazón algunos rastros de fe y esperanza. En su canto á Angel Mai, duda de si el hombre puede luchar con el destino; en otra ocasión cree que al fin el *cielo* es piadoso para Italia; en el canto á su dama habla de que irá su espíritu á *peregrina stanza*; Safo habla de los *celestes*, y del *Padre*, ciego dispensador de los casos. Estas frases han hecho dudar de si no había perdido del todo la idea de Dios. Otras circunstancias parecían confirmar esta sospecha. En una de sus cartas á su padre, escrita en Florencia, dice que ha pedido á Dios la muerte, y que su corazón salta de alegría cuando la siente acercarse; que la espera de la mano de Dios, y que con este objeto *ha hecho decir novenas*. A la muerte de su hermano Luis, dice en otra que ha comulgado.

¿Decir novenas, comulgar, él, un ateo! Leopardi, pues, creía han dicho algunos, olvidando que así como el creyente maldice y blasfema en momentos de desesperación, el incrédulo, por el mismo efecto, bendice y aun reza en esos momentos pasajeros en que la razón queda avasallada por el sentimiento. Y si se quiere una prueba de que esas piadosas contradicciones no implican fe ni arrepentimiento en Leopardi, él mismo ha hecho una terminante declaración de sus creencias y de su filosofía en una carta dirigida al *Esperus*, periódico de Stuttgart.

« ... Es absurdo atribuir á mis escritos una tendencia religiosa. Cualesquiera que sean mis desdichas, que se ha creído oportuno ostentar y quizás exagerar un tanto en ese periódico, he tenido bastante ánimo para no tratar de disminuir su peso ni con frívolas esperanzas de una pretendida y desconocida felicidad futura, ni con una cobarde resignación. Mis sentimientos respecto de la Divinidad han sido y son hoy los que he manifestado en *Bruto Menor*. Resultado de ese ánimo ha sido el abrazar por completo y sin vacilación la desesperante filosofía á que mis investigaciones me han conducido; mientras que, por otra parte, sólo por efecto de la cobardía de los hombres que necesitan persuadirse del mérito de la existencia, se ha querido considerar mis opiniones como efecto de mis especiales padecimientos, obstinándose en atribuir á mis circunstancias materiales lo que no es debido más que á mi entendimiento. Antes de morir quiero probar contra esa invención de la debilidad y de la vulgaridad, y suplicar á mis lectores que traten de destruir mis observaciones y raciocinios antes que acusar á mis enfermedades. »

La declaración no puede ser más explícita y concluyente. Algo más de lo que él mismo sospechaba, influían en su filosofía sus horribles padecimientos físicos y morales; pero la verdad es que lo que él llama su *conversion*, que debió tener lugar hacia 1820, la muerte de sus sentimientos religiosos fué el resultado lógico de su naturaleza pensadora y escéptica; de su organización frenológica; pues de frenológico tiene mucho el sentimiento religioso en la conciencia humana.

Leopardi fué un ateo convicto y confeso, pero noble en su incredulidad; jamás atacó á la religión cristiana ni á la Iglesia católica. Consignó sus creencias en sublimes cantos, sin empequeñecerse en degradantes ó brutales polémicas, y sin las pretensiones de una agresiva propaganda. Vivía demasiado dentro de su conciencia para ir á violar las ajenas.

Donde con más extensión aparece desarrollada y manifiesta la amarga filosofía de Leopardi, es en sus bellísimas y originales *Operete morali*, publicadas en 1827. Luciano, Swift y Voltaire parecen haber prestado sus plumas para analizar en estos ingeniosos, chispeantes, irónicos y profundos diálogos la pequeñez de la vida, la infelicidad del hombre, la perversidad de sus instintos, el fastidio que devora el corazón, los tormentos de la inteligencia. En el atrevido diálogo entre la *Naturaleza y un Islandés* plantea en todo su rigor el problema de la destrucción universal; ese eterno combate entre la vida y la muerte; el problema de la *finalidad* de la creación.

La vida es un perpetuo círculo de producción y destrucción, ligadas ambas de tal manera, que cada una sirve continuamente á la otra para la conservación del mundo, que se disolvería en faltando cualquiera de ellas. Mas, puesto que lo que es *destruido* padece y el *destructor* no goza, y á su vez es destruido, ¿á quién place, á quién sirve esta vida infelicitosa del universo, conservado sólo con el dolor y con la muerte de las cosas que le componen?

Tremenda es la pregunta. Si respondeis: « la Providencia, » ella es responsable de tanto dolor y miseria; Ariman es el dios universal; si respondeis: « Nadie, » entonces la *muerte* es el único bien de esa vasta creación tan hermosa, magnífica y risueña en apariencia. La muerte parece ser el único fin de la gran obra universal; todo nace para morir; el hombre nace preparándose á la vida, y vive preparándose á la muerte; hubo vida para que hubiera muerte.

Ha dicho san Pablo que si no conociésemos más esperanzas que las de esta vida, seríamos las más misera-

bles de todas las criaturas. Leopardi no conoció esas esperanzas; miró el dolor como el elemento sustantivo de la vida, como la ley ineludible del ser, como el único don fatal de la naturaleza, y por eso adoró y cantó la Muerte con el fervor sublime que más adelante veremos. Para Augusto Comte la muerte es una gran ley, porque es la única solución de continuidad de la interminable cadena de dolores con que el destino oprime á la raza de todos los seres nacidos.

Como se ve, Leopardi no es un metafísico perdido en las nebulosidades de la abstracción. Es el racionalista que pregunta el por qué de las cosas tangibles; el fisiólogo, el materialista que lleva en sus preguntas la demolidora filosofía de Schopenhauer, que contempla la eterna batalla de los seres, el terrible y mortal *struggle of life* de Darwin; que al palpar la materia, siente, como la moderna escuela de Alemania, latir sus fuerzas *fatales*, ciegas y misteriosas; pero al ver y pensar todo esto, como es poeta, como tiene la visión maravillosa de la belleza, el corazón apasionado, transforma su filosofía en arte, sus negaciones en armonías, sus ideas en imágenes, el desierto de sus desesperaciones en pensil lleno de los colores y fragancias de su mágica poesía.

¿Cómo la desesperada y tenebrosa filosofía del ateo Leopardi puede convertirse en esa poesía? preguntará quizás algún adversario de tales doctrinas. Lea por toda contestación, quien tal se preguntase, el bellísimo *Canto nocturno de un pastor errante del Asia*.

Un pastor errante en medio de la noche serena, dirige á la luna una serie de preguntas tan sencillas como profundas; las preguntas que cualquiera hace en una noche hermosa al contemplar la inmensa magnificencia del cielo. Fray Luis de León, en su *Noche Serena*, ante la morada de grandeza, templo de claridad y de hermosura, eleva el alma y espera ver en la otra vida los secretos allí escondidos detrás del manto de los astros. Pero la impresión que la bóveda celeste produce en el ánimo del pensador es menos fervorosa que la de Fray Luis; la honda contemplación del firmamento hace algo escéptico al creyente, y algo creyente al escéptico: mirando al cielo de noche, lo que surgen siempre son dudas, y la expresión de esas dudas es siempre la interrogación.

Por eso las preguntas naturales y espontáneas del pastor de Leopardi contienen toda la filosofía; son aquella *philosophia perennis* de que habla Leibnitz, y que todos más ó menos llevamos en el fondo de la inteligencia. ¿Qué graciosa melancolía, qué candida sabiduría la del pastor asiático preguntando á la luna lo que en nuestras nocturnas horas de poetas ó de filósofos todos la hemos preguntado al ver tanto planeta: ¿cuál es el fin de la vida universal!

(Se continuará).

La Guerra Ilustrada.

Declaración de guerra en el Senado. — Salida de tropas. — Concentración en Metz. — Las manifestaciones en París. — Preparativos en Alemania. — Mapa del Luxemburgo.

El primer dibujo de este número, consagrado casi todo él á los acontecimientos de la guerra, representa el aspecto del Senado en la sesión del 15 de julio, cuando el señor ministro de Negocios extranjeros hizo en la tribuna con una voz patrióticamente conmovida la relación de las negociaciones que se habían terminado con la respuesta de la Prusia de no querer recibir más al embajador de Francia.

El Senado se transfiguró, digámoslo así, á la vibrante palabra del ministro. Las cabezas encanecidas se agitaron, los corazones recobraban su juventud. Estrepitosos bravos y aplausos resonaban por todas partes corriendo del salón á las tribunas y de las tribunas al salón, y cuando el ministro pronunció su última palabra, la palabra suprema, todo el Senado se precipitó hacia él y le hizo una ovación entusiasta.

Nos ha parecido oportuno representar esta escena conmovedora que equivalía á una declaración de guerra y que produjo en el Senado una manifestación de que no hay memoria desde hace muchos años.

**

La Francia ha tomado de repente una nueva fisonomía. Todas sus líneas férreas, esos railways inmensos, tienen fiebre. Ya no hay otros viajeros más que los soldados. Los wagones pertenecen á las tropas. Los reunen en una estación, suben como al asalto en los wagones y se ponen en movimiento.

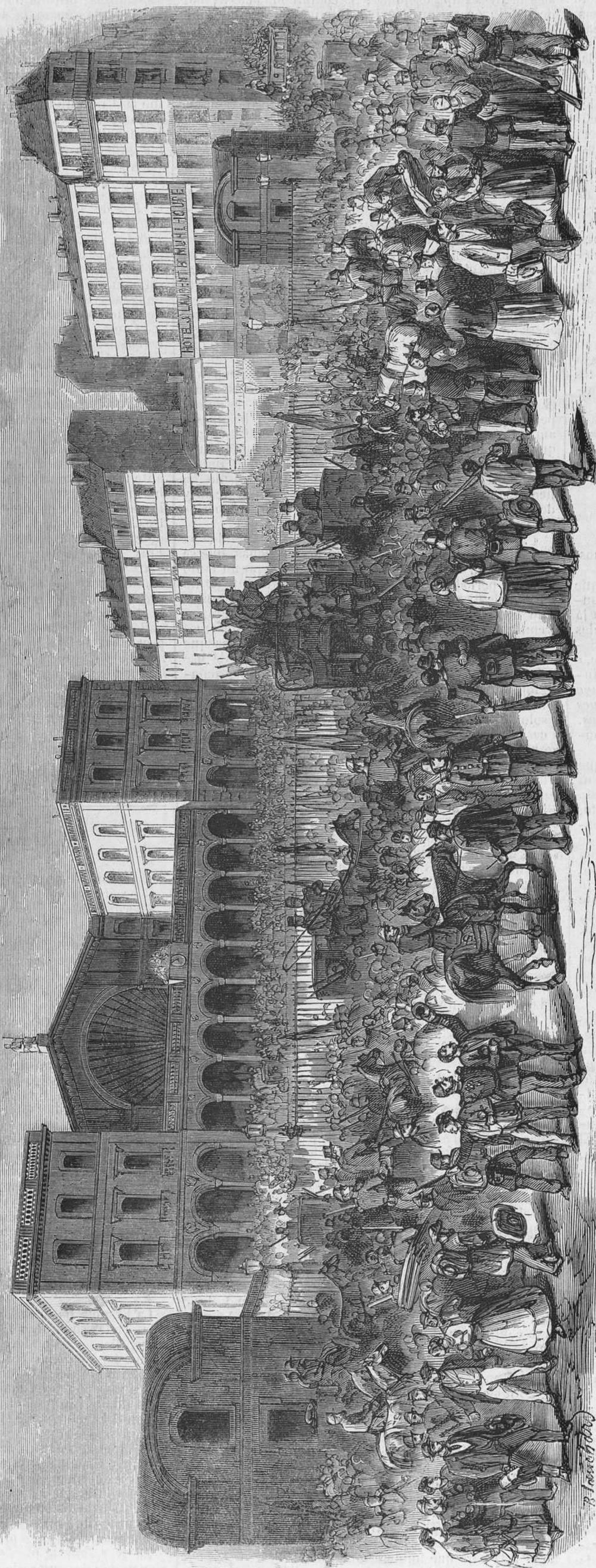
¿A dónde van?

Van á la guerra con una confianza inquebrantable, con un valor sereno.

Aglomerados dentro del wagon los soldados hablan, cantan y rien. Llega la noche, ponen en medio las mochilas y duermen, si pueden.

El farolillo del wagon alumbrá con su reflejo encarnado las cabezas ennegrecidas de los soldados que duermen uno sobre otro, la cabeza del soldado apoyada en la charretera del sargento.

La expresión de los semblantes es la fatiga. Muchos vienen de lejos, unos de Lyon, otros de Grenoble. Cerca de la portezuela asoma la cabeza de algún sargento.



SALIDA DE TROPAS. — La multitud delante de la estación del ferro-carril del Este.

Qué de reflexiones durante la noche del trayecto de París á Metz ó á Estrasburgo!

Sin duda, como en todas las horas decisivas de la vida, se piensa en los años transcurridos, se interroga el pasado, se evocan las figuras amadas, aquellas que están ya en el sepulcro, y aquellas que se han dejado hace un instante.

¡Y ese instante es ya un siglo! ¡Qué de tristezas en estas noches de viaje! ¡Qué de sollozos, qué de lágrimas que se ahogan! El pasado, el querido pasado llega al alma. ¿Y el porvenir? No se piensa en él. Glorioso ó lúgubre no se piensa en mirarle de frente. ¿Para qué? Una palabra le oculta, la única palabra que hay que tener presente, el deber.

El deber hace que los soldados lo olviden todo, el peligro, la dura necesidad, la órden que los arranca de los brazos de las madres ó de las hermanas para trasladarlos al campo de batalla. Tienen esa sublime embriaguez que se llama patriotismo, y en sus wagones, amontonados como el ganado, se despiertan riendo de la fatiga del día, como se burlarán de las balas mañana.

En las estaciones se humedece siempre el paladar, y á la llegada, despues de pasar lista, se entra en la ciudad, los oficiales con su capa arrollada en torno del cuerpo, los soldados con su carga de la tienda-abrigo, cuya estaca llega hasta el pompon del chaco. Con la música á la cabeza, atraviesan la puerta de la ciudad y se detienen un instante en el cuartel general para partir muy luego hácia donde está el enemigo.

* *

Metz ha visto ya muchas de estas llegadas de regimientos y comienza á acostumbrarse. Cien mil hombres quizá han pasado por Metz estos últimos días, río humano que corre á la guerra. Las calles están continuamente surcadas de tropas de infantería y caballería: es un movimiento terrible que ya huele á pólvora.

Por la tarde el campamento toma como un aspecto de douar argelino. El color gris de las tiendas-abrigos se destaca en el fondo del cuadro que por momentos se oscurece. Los últimos reflejos del día brillan en los puños de los sables, en los cascos que están en el suelo, en las armas de los centinelas plantados en el suelo como estatuas. Los altos álamos hacen manchas negras. A lo lejos sobre los montes, los nuevos fuertes se distinguen en el lívido horizonte. En el fondo de la llanura aparecen resplandores que parecen incendios: son las fraguas de Ars-sur-Moselle, que trabajan siempre, lo mismo en la paz que en la guerra.

Es la hora de dormir: el dormitorio es la tienda donde entran dos y hasta cuatro en campaña. Se tienden en el suelo sobre las capas. Los oficiales tienen una manta.

La gran curiosidad de Metz ha sido el campamento que representamos: era un regimiento acampado cerca de las fortificaciones con todos los aprestos de guerra. La gente visitó á los soldados instalados en el gláeis hasta que se oyó la trompeta y los visitantes debieron retirarse. Al otro día, estos mismos soldados proseguían su marcha.

* *

¿Qué diremos sobre las manifestaciones de París, que no expresen mejor que nuestras palabras nuestros dibujos?

Además en el último número (Véase la *Revista de París*) se han dado ya los principales pormenores de estas demostraciones patrióticas.

Ya saben nuestros lectores en qué consistía el espectáculo.

En ambos lados del bulevar había muchísima gente que estaba paseando por allí aguardando que pasasen algunos grupos de jóvenes, los cuales se dejaron ver en las inmediaciones de la plaza del nuevo Teatro de la Opera, en la calle Vivienne y en el faubourg Montmartre. Cada uno de esos grupos componíase escasamente de personas, la mayor parte muchachos de doce á diez y siete años, que cantaban la *Marseillaise* y gritaban: ¡Viva Francia! ¡Abajo Prusia!

Durante la noche del viérnes ha reinado cierta agitacion en uno ó dos puntos de París. En la calle de Rivoli se han visto circular algunos ruidosos grupos desde las Casas Consistoriales á la plaza del Palais Royal, gritando: ¡Viva Francia! ¡Viva la guerra! ¡A Berlín! Un grupo de unas doscientas personas gritaba por su parte « ¡Viva la paz! »

Un grupo muy numeroso compuesto casi todo de hombres con blusa, algunos de los cuales llevaban banderas y antorchas, ó por mejor decir, escobas encendidas, han atravesado la plaza del Carrousel cantando la *Marseillaise*. Otros grupos gritaban « ¡ Viva el Emperador! »

En el boulevard de Sebastopol había una compacta multitud aguardando el paso de las tropas que, según se decía, debían tomar el ferro-carril del Este. Algunos trabajadores alemanes que han salido de París por la noche, han sido acompañados amistosamente hasta la estación del Este por algunos franceses camaradas suyos.

Los casinos de la plaza de Vendome y de la calle Royale han estado iluminados lo mismo que el casino Imperial, y que algunas ventanas del boulevard Magenta.

En la línea de los boulevares desde el de la Magdalena hasta el de la Bastilla, se han visto pasear grupos mas ó menos numerosos con faroles venecianos, banderas, etc., y dando gritos de varias clases. Delante del café Riche ha estado reunido toda la noche un grupo cantando la *Marseillaise* y gritando: « ¡ A Berlín! ¡ Viva la guerra! » De vez en cuando en la otra parte del boulevard oíanse gritos de « ¡ Viva la paz! » Lo cual dió lugar á una lucha en la que no salieron bien parados los que esto gritaban.

En la plaza de Vendome se ha formado un grupo debajo de las ventanas del casino de las Artes, y como en todas ha habido gritos belicosos.

Hacia la una de la noche ha pasado por la plaza del Carrousel un grupo, compuesto de unos treinta individuos, la mayor parte con blusa, tras el cual iba un coche con una bandera. Los que lo formaban iban cantando la canción « Mourir pour la patrie! » A esa hora las calles quedaban desiertas y desde entonces no volvió á aparecer ningún otro grupo.

Nuestros dibujos representan esta agitación general, inclusa la que se produjo en el Bolsin del boulevard de los Italianos en la noche del 13 de julio.

Hay, sin embargo, una escena dibujada también, que merece explicaciones.

Un marino, de todo se encuentra en París, un marino levanta una bandera y de repente se forman en su derredor mil compañeros.

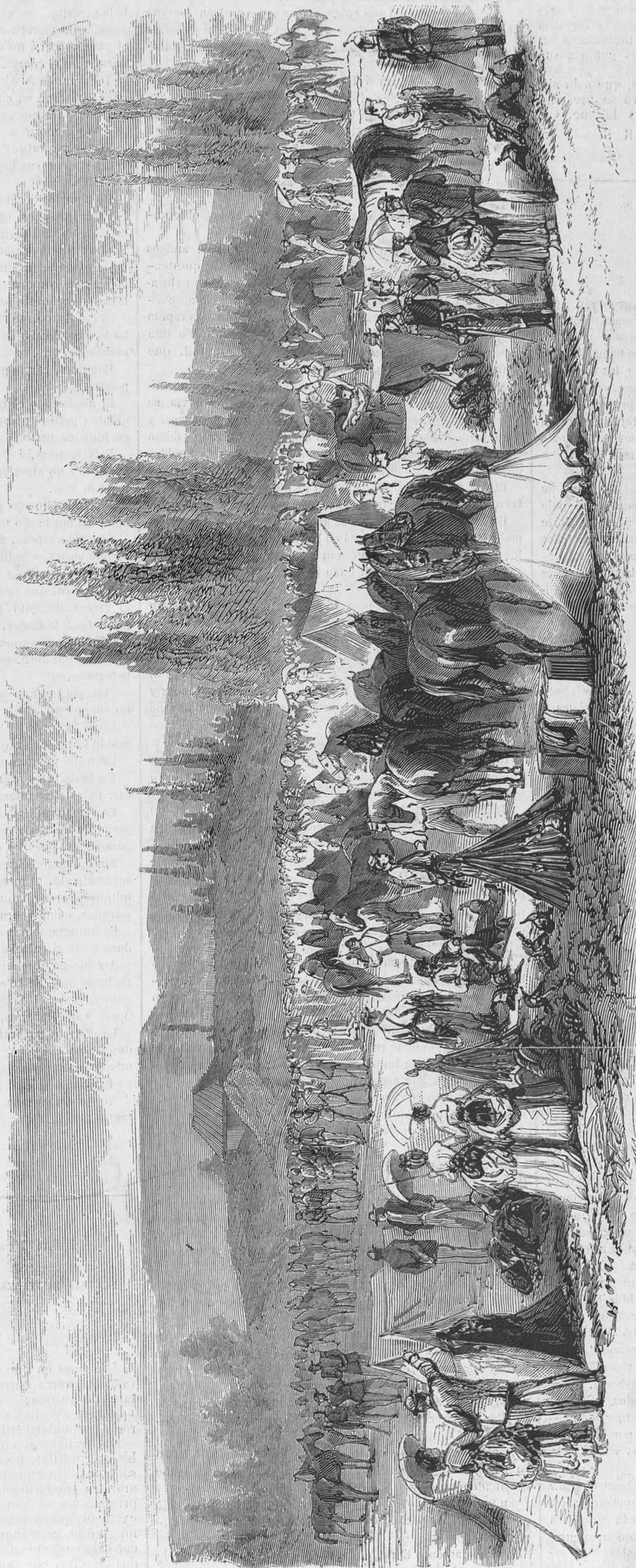
— Necesitamos luces, dice un patriota de quince años.

¿Cómo encender antorchas cuando no se tienen?

¡Ah! los muchachos de París no reparan en tan poca cosa.

— ¡Aquí están las luces! dice uno de ellos.

Y en un segundo distingue las escobas de la buena ciudad de París que enciende con presteza inflamando así su antorcha patriótica.



Concentración y campamento de tropas en Metz.

En la página 408 verán nuestros lectores un dibujo sobre el cual escribe su autor las líneas que siguen:

« Envío un dibujo que representa á los badenses retirando el puente de barcas hacia su orilla y volviendo al mismo tiempo el puente del ferro-carril que se halla en el segundo término. Supongo que la maquinaria no corre bien, pues no pudieron retirarle del todo, lo que hace que no quede en la línea del muelle badense.

» La población que se encuentra allí asiste á la operación á los gritos de ¡ Viva la Francia! Esta escena tuvo efecto el 17 de julio á las tres de la tarde. Dos horas después los ingenieros franceses levantaban su puente. La población de Estrasburgo es como la de París, muy entusiasta. »

Concluiremos con las siguientes noticias que escriben al periódico *la France* de Luxemburgo, cuyo mapa publicamos en la página 411.

Dice así la correspondencia:

« En el gran ducado de Luxemburgo reina grande emoción, y sobre todo la mayor incertidumbre, porque no se sabe qué va á ser de este país. Circulan los rumores mas contradictorios, y los luxemburgueses temen perder su nacionalidad; pero los votos son todos en favor de la Francia. A cada correo que llega invade la gente la administración, pero desde esta mañana carecemos de noticias del lado de la Prusia.

El puente de Wasserbillig, que separa el gran ducado de Luxemburgo de la Prusia, ha sido cortado esta noche y están interrumpidas las comunicaciones. En la frontera está acampado un cuerpo de doce mil prusianos. Esta mañana llegó un fuerte destacamento de tropas prusianas á la vista del puente de Renuch, sobre el Mosela, pueblo situado en la frontera de los dos Estados. Se teme que la Prusia haga volar dicho puente. Toda la línea del Mosela está guarnecida de tropas.

Están interrumpidas todas las comunicaciones con Prusia; la línea de Tréveris está cortada y los rails levantados. No se sabe aun cuál será el objeto de la Prusia, pero en todo el territorio del gran ducado se teme la presencia de los prusianos, que tienen que satisfacer una venganza.

En Luxemburgo todos los prusianos casados y padres de familia alistados en la landwehr, han recibido orden de regresar en término de 24 horas, bajo pena de un juicio que les declarará traidores á la patria, y les condenará á penas infamantes. Los que parten parecen temer que no puedan volver nunca.

La estación del ferro-carril está atestada de curiosos que quieren presenciar el desembarque de los franceses, porque corre aquí muy acreditado el rumor, de que violada por los prusianos la neutralidad

luxemburguesa con su estancia al rededor de Wasserbillig, y el levantamiento de los rails de los caminos de hierro, van á llegar los franceses para proteger al país contra la crueldad proverbial de los prusianos furiosos por la antipatía que la muchedumbre muestra á su causa, al paso que mira á los franceses como á sus salvadores.

En Tréveris se esperan 80,000 hombres, que solo allí sabrán para donde están destinados, pero se presume que marcharán sobre Longwy, si no se les detiene. »

R. S.

Revista de Paris.

No vamos á hablar de la guerra: Paris ha recobrado en la semana última una tranquilidad relativa, han cesado completamente las manifestaciones, conforme al consejo amistoso que dió el prefecto de policía á la poblacion parisiense y lo que ahora se espera son los primeros boletines de las operaciones militares. Estamos en un momento solemne, como atentos á la voz del cañon que debe resonar en breve. Aprovechemos, pues, este momento de espera, con tanta mas razon cuanto que en este mismo número verán nuestros lectores que no descuida por cierto el *Correo de Ultramar* los acontecimientos de la guerra.

En diversas ocasiones hemos hablado en estas revistas de un proyecto científico del mas alto interés, cual es el viaje de descubrimientos que se propone hacer al polo Norte M. Gustavo Lambert. Sucesivamente hemos dado las noticias relativas á tan magna empresa; hemos señalado los esfuerzos del autor del proyecto para hacerse con los fondos mas indispensables que necesitaba para una expedicion, y dijimos, finalmente, que quizás todo fracasaria porque los suscritores no correspondian al llamamiento.

Así habria sido, en efecto, si la cuestion elevada á conocimiento de los representantes del país no hubiese tenido una resolucion digna de la Francia.

En la sesion del 14 de julio el diputado M. Liegeard, presentó una enmienda al artículo del presupuesto de viajes y misiones científicas, para que se concediera un crédito suplementario de 100,000 francos á título de ofrenda nacional á M. Gustavo Lambert, para emprender su expedicion al polo Norte.

M. Liegeard dió á conocer cumplidamente en la tribuna, el objeto de la empresa, su utilidad y sus medios

Todo el mundo sabe que M. Gustavo Lambert no es el primero que ha ideado una expedicion hácia ese centro de atraccion tan seductor y tan fatal al propio tiempo.

Solo desde el año 1818 ha habido cuarenta y dos expediciones dirigidas hácia esas latitudes australes, y de tanto esfuerzo infructuoso ha nacido la conviccion de la posibilidad del triunfo.

La Academia de ciencias, esto lo saben ya nuestros lectores, abunda en esa opinion y lo prueba apoyando plenamente la idea.

« Tres proyectos principales sobrenadan de todos aquellos naufragios, dijo M. Liegeard: el primero es el proyecto del capitán inglés Sherard Osborn que consiste en llegar al polo Norte en trineos por mas allá del estrecho de Smith, al través de los hielos que, segun decian, cubren el casco polar. Ahora bien, parece cierto que en lugar de la supuesta costura helada, lo que hay allí en realidad es un mar libre.

» Por esa razon se desecha el tal proyecto.

» El segundo, enteramente contrario, es del geógrafo Augustus Petermann, de Gotha, quien creyendo en la existencia de un mar libre polar, recomienda con preferencia á los exploradores que sigan el camino entre Spitzberg y la Nueva Zembla. Trescientos años de descalabros y las deducciones opuestas de la teoría, contestan á este segundo proyecto.

» El tercero y último tiene por campeón á un navegante francés, M. Gustavo Lambert, quien propone una direccion nueva é inesperada, la del estrecho de Behring.

» Principiaremos por decir que no es este un sueño brillante y quimérico, puesto que el intrépido hidrógrafo ha hecho ya por esa parte una travesía de observacion en los hielos de los mares árticos; y en su viaje se ha convencido de que aprovechando el momento en que el Océano circumpolar helado por los inviernos, se derrite en virtud de las leyes de la insolacion, podrá flanquear los ice-bergs, navegar al través de los bancos de hielos, abriéndolos con sierras o con pólvora y llegar así á la Polinia, ese mar libre reconocido por Hedenstrom en 1810, y entrar por fin en el polo Norte con todos los recursos alimenticios y científicos acumulados á bordo de su buque.

» Ese era el camino que en otro tiempo se propuso seguir el capitán Cook y no cabe duda que su exploracion habria tenido buen éxito, si no se le hubiese ocurrido la mala idea de pasar el invierno en las islas Sandwich, donde sucumbió como es sabido, bajo el hacha de los canibales.

» Saliendo, pues, de Paris el 1º de febrero próximo para embarcarse y tomar la via del cabo de Hornos, M. Lambert,

llegara segun sus cálculos, á la entrada de la Polinia á principios de julio y en agosto al polo Norte. »

M. Liegeard pide á sus colegas que se muestren favorables á una empresa que tiene por principal objeto resolver uno de los mayores problemas que se imponen á las meditaciones de los sabios.

Seguidamente entra á tratar de su utilidad, y recuerda que hace muchos siglos el cebo de los metales preciosos arrastraba hácia esa parte á los navegantes; que despues apareció el interés del comercio con la esperanza de hallar un paso mas comercial del Atlántico al Océano Pacifico y que por último, el interés científico se hace superior a todo y esto sucede bajo el impulso de ideas tan utilitarias como especulativas.

En este terreno M. Liegeard hace las siguientes observaciones:

« Pero hay mas aun para los hombres positivos, amigos del resultado práctico, de la realidad: además de que tendrán mas campo de investigaciones los geólogos, los naturalistas y los doctores de la paleontología, el comercio aprovechará el paso, una vez encontrado, de un camino mas rápido hácia las Indias, y seguramente aprovechará asimismo una especulacion muy fructuosa en ballena y marfil fósil, que tanto abundan en los mares árticos.

» Por otra parte es de esperar tambien que en los 800 millones de hectáreas circumpolares no exploradas todavía, se encuentran oro, cobre, hierro y otros metales preciosos, y principalmente carbon. ¿Son sueños? Nada de eso. ¿Cómo explicarse, en efecto, esa persistencia de todos los pueblos desde hace mas de mil años para aclarar el problema? »

El diputado concluye hablando de los medios que M. Gustavo Lambert ha puesto en obra para dar cima á la empresa.

De ciudad en ciudad ha ido predicando en favor de su expedicion, y daba conferencias en los teatros, en los circos, en los cafés, poco menos que quien pide limosna.

Las conferencias que ha dado hasta el dia se elevan á doscientas.

La prensa propagó la idea y en todas partes se formaron comités para fomentar y recoger las suscripciones.

Los consejos generales, los ayuntamientos, los tribunales de comercio, le enviaron sus cuotas; se suscribieron el ministro de Instrucción pública y la sociedad de geografía; el emperador dió la cantidad importante de 50,000 francos y el ministro de Marina ofrece prestados los instrumentos de observacion científica

Los pobres, no obstante, han dado el gran ejemplo.

Cien mil suscritores á tres francos por término medio, han cubierto las listas que M. Gustavo Lambert llama con justo orgullo « sus pergaminos de nobleza. »

En resumen, M. Lambert no necesita ya mas que 100,000 francos, y si la Cámara se los niega, añade M. Liegeard, los buscará dando cien conferencias mas; pero será tiempo perdido y entre tanto otra nacion puede adelantarse y plantar su bandera en el polo Norte

Con efecto, el gobierno americano va á abrir un crédito no de cien mil francos, sino de cien mil dollars en favor del capitán Hall para una nueva expedicion que proyecta al polo ártico.

Con tan buen abogado como M. Liegeard, el capitán Lambert ganó su causa: ya tiene los cien mil francos, y en febrero próximo podrá emprender su expedicion que tanto preocupa al mundo científico de todas las naciones.

Daremos cuenta á nuestros lectores de todo lo mas notable que pueda ocurrir relativamente á los preliminares de la expedicion; y entre tanto, veamos si la crónica de la semana nos ofrece algun acontecimiento interesante.

Hay lances en la vida que parecen verdaderamente preparados por la mano de un novelista.

Los diarios han referido esta semana uno que se halla en este caso.

El teatro es una humilde hosteria de las inmediaciones de Paris, en cuya sala baja se encuentran algunos bebedores.

Un hacendado de la localidad que la crónica designa con el nombre de Edmundo, se presenta á tratar con el posadero de la adquisicion de un terreno perteneciente á este último.

— Tenga Vd. la bondad de pasar al cuarto contiguo, que soy con Vd. dentro de algunos instantes.

En aquel cuarto, bajo de techo y ennegrecido por el humo de los fumadores y donde no se respiraban ciertamente los perfumes de Guerlain, habia una atmósfera asfixiante.

Edmundo se encuentra con un hombre jóven aun, que dormia con la cabeza sobre la mesa, teniendo á su lado un vaso y una botella destapada que exhalaban un fuerte olor á alcohol.

Encima de la misma mesa habia una carta que acababa de escribir, y parecia que le habia sorprendido el sueño al comenzar otra.

Edmundo involuntariamente se quedó con los ojos fijos en aquel hombre, cuyo rostro se contraia por instantes como dominado por una agitacion que no vencía el sueño

En uno de los movimientos convulsivos aquel hombre dejó caer la carta empezada que fué á parar á los piés de Edmundo.

Inmediatamente Edmundo recogió el papel para ponerle otra vez en la mesa; pero sus miradas encontraron las primeras palabras y dando un salto de sorpresa, leyó hasta el

fin, y despues tomó y leyó igualmente la otra carta concluida y que tenia en el sobre las señas de la persona á quien se habia escrito.

Sobre la marcha mandó á buscar un coche y recomendó al posadero que no dejase salir de su casa al individuo que dormia en el cuarto.

Y Edmundo se alejó á toda prisa.

El individuo en cuestion escribia á su esposa una de aquellas cartas, la que comenzaba de este modo:

« Voy á morir. »

En breve rato Edmundo llegó á casa de la esposa que completó con sus indicaciones lo que contaban las dos cartas referidas.

Hé aquí los hechos en sustancia.

Hace tres años, el autor de las cartas en cuestion, habia establecido una tiendecilla en una calle del barrio de Saint-Honoré, y prosperaba en sus negocios.

De repente, un dia este hombre casado y con familia huyó de su casa con una mujercuela y se trasladó á Bélgica, donde tenia intencion de fundar otro comercio.

Sin embargo, en vez de trabajar se entregó á los placeres, tanto que al cabo de dos años los 25,000 francos que habia sacado de Paris, toda su fortuna, desaparecieron.

Entonces, como era natural, desapareció tambien su compañera.

El desdichado comerciante trató de colocarse como dependiente; pero el pesar turbaba sus ideas y no pudo trabajar en ninguna parte.

Volvió, pues, á Paris, en donde se encontró con veinte francos, y no atreviéndose á volver á su casa, resolvió quitarse la vida.

Afortunadamente para él, el aguardiente que tomó para darse ánimo le dió un profundo sueño.

Su pobre esposa, á fuerza de trabajo y de economia habia podido sostener la tienda; pero ya estaba á punto de cerrarla porque se hallaba próxima á su ruina.

Edmundo, que comprendió por las cartas que habia leído, el arrepentimiento y los buenos sentimientos del esposo, prometió á la mujer, si se reconciliaba, que le adelantaria los fondos necesarios para que continuase su comercio.

El marido dormia aun cuando le llegó el perdon junto con la fortuna.

¿Cuánto tardaria en comprender que la realidad no era un sueño!

Llega la época de las vacaciones y á ella precede, como es sabido la de los exámenes.

Gran dia de gozo para las familias interesadas.

En Paris estos exámenes son verdaderas fiestas académicas, todas ellas interesantes.

La semana última han principiado en el Conservatorio imperial de música y declamacion y se continuarán durante algunos dias, pues las clases son numerosas.

Sin embargo, diremos que no se habla de ningun discípulo sobresaliente, al menos en esas proporciones en que es permitido esperar alguna notabilidad para el porvenir de esas estrellas, como ahora dicen, que hacen época en el arte.

Es innumerable la cantidad de artistas que cada año introducen en la circulacion el Conservatorio de Paris.

Así sucede, que en el curso de este invierno se han dado en Paris mas de trescientos conciertos, sin contar en este número los del Conservatorio, los del Circo Napoleon, la Ópera y los Italianos, ni los de las sociedades corales, etc.

La *Revista musical* dice que por su parte ha anunciado doscientos cincuenta de estos conciertos, y que gratuitamente ha empleado sesenta columnas, ó sean 4,980 líneas en hablar de ellos.

No se comprende que, sin un talento excepcional, haya tantas personas que se dediquen á tan ingrata carrera.

MARIANO URRABIETA.

La Francia y la Prusia.

FUERZAS MILITARES RESPECTIVAS DE LAS DOS NACIONES.

I.

A la hora en que escribimos estas líneas, se ha declarado la guerra entre las dos principales naciones militares de Europa.

¡Grave asunto de preocupacion para el mundo entero, y particularmente para la Francia!

Los franceses, confiados en el conocimiento de su historia militar, no dudan que triunfarán sus intrépidos soldados. Sin embargo, el arte de la guerra ha sufrido grandes trasformaciones en estos últimos años, y por primera vez se van á poner en práctica las teorías que exige el nuevo armamento, lo cual provoca un sentimiento de vaga inquietud y un secreto deseo de conocer exactamente cuáles son las fuerzas respectivas de los dos ejércitos que van á encontrarse en presencia.

¿Cuántos prusianos habrá en el campo de batalla? ¿Qué vale en realidad ese terrible fusil de aguja que tan

gran papel desempeñó en la guerra de 1866? ¿Quiénes son los generales enemigos?

Y también se pregunta: ¿Qué efectivo puede oponer la Francia al ejército prusiano? ¿El fusil Chassepot puede ponerse en parangón con el fusil de aguja? ¿Qué jefes mandarían los cuerpos de ejército de Francia?

A todas estas preguntas que agitan la opinión pública, vamos á responder de un modo conciso, pero bastante claro para que nos comprendan aun las personas menos familiarizadas con las cosas de la guerra.

II.

FUERZAS DEL EJÉRCITO PRUSIANO.

(Confederación de la Alemania del Norte.)

En la guerra de 1866 la Prusia, que no contaba entonces mas de veinte millones de habitantes, y que se hallaba casi reducida á sus propios recursos, puso sobre las armas 598,491 hombres, incluidos 86,035 del ejército de reserva, y 404,432 de la landwehr. Fué un esfuerzo inmenso, prodigioso: un soldado por cada 32 almas.

Mucho se resintieron de ello la industria y la agricultura. Si la guerra no hubiera sido tan corta, la Prusia habria tenido que pasar por terribles pruebas. Pero su ambicion territorial se hallaba á la altura de todos los sacrificios.

La Prusia, considerablemente engrandecida con la victoria de Sadowa, dispone hoy no solo de sus propios recursos, sino tambien de los de la Confederación de la Alemania del Norte, constituida por la ley del 20 de setiembre de 1866.

La fuerza total del ejército de la Confederación en pié de guerra, asciende á 972,434 hombres, de ellos 45,000 oficiales.

Pero no se debe creer que toda esta masa pueda entrar en línea de batalla, en razon á que tiene 480,672 hombres de tropas de depósito, y casi otros tantos hombres de tropas de guarnicion. El ejército de campaña propiamente dicho, no pasa de 600,000 hombres. Sin embargo, en caso de necesidad, las tropas de depósito y las de guarnicion serian llamadas inmediatamente.

La duracion del servicio es de 3 años en la línea, y 9 en la landwehr, en todo 12 años. Por término medio, cada año ingresan en las filas 100,000 hombres, lo que hace en 9 años 900,000 hombres con licencia, fuera de los 300,000 del ejército de campaña sobre el pié de paz.

Calculando sobre estos 900,000 hombres la pérdida en 45 por 40, quedan 765,000 hombres de tropas ejercitadas, de modo que, aun cuando el ejército se halla sobre el pié de guerra completo, quedan todavía á la disposicion de la Confederación unos 410,000 hombres que no han llegado aun al término de sus 12 años de servicio.

El ejército de la Confederación se reparte por armas y por cuerpos del modo siguiente:

Prusia: Infantería, 97 regimientos, 43 batallones de cazadores; caballería, 64 regimientos; artillería, 42 regimientos de campaña y 9 de fortaleza; ingenieros, 42 batallones y 42 id. del tren.

Oldenburgo: 4 regimiento de infantería, 4 regimiento de caballería, 2 baterías de artillería de campaña.

Thuringe: 3 regimientos de infantería.

Anhalt: 2 regimientos de infantería.

Sajonia real: 9 regimientos de infantería, 2 batallones de cazadores, 6 regimientos de caballería, 2 de artillería, 4 de ingenieros y 4 del tren.

Mecklemburgo: 2 regimientos de infantería, 4 batallón de cazadores, 2 regimientos de caballería y 4 baterías de artillería.

Brunswick: 4 regimiento de infantería, 4 de caballería y 4 batería de artillería.

Hesse gran ducal: 4 regimientos de infantería, 2 batallones de cazadores, 2 regimientos de caballería, 6 baterías de artillería, 4/4 de batallón de ingenieros, y 4/2 batallón del tren.

En el caso en que la Confederación del Norte arrastrase en su órbita á las tres potencias de la Alemania del Sur, Baviera, Wurtemberg y el gran ducado de Baden, convendria añadir al efectivo prusiano 264,542 hombres de todas armas, inclusa la reserva, y que se reparten de este modo:

Baviera.	221,304	hombres.
Wurtemberg.	29,238	—
Gran ducado de Baden.	14,000	—

Estos elementos son formidables; pero no hay que creer que tales masas puedan maniobrar simultáneamente. Lo que diremos, no obstante, es que la Francia va á encontrarse con un adversario digno de ella, y que tendrá á mucha honra triunfar de una nacion dotada de sólidas cualidades militares apoyadas en tan poderosos medios de accion.

También diremos que hay sombras en el cuadro.

Desde 1866 se ha puesto en moda ponderar el sistema militar de Prusia, y juzgar por sus triunfos la excelencia de la organizacion de sus fuerzas. Un folleto sobre la infantería prusiana que acaba de publicarse, y que no es otra cosa que la traduccion de un escrito anónimo detrás del cual es fácil reconocer á una de las notabili-

dades militares de Prusia, contiene ciertas confesiones que es útil tener presente.

«Es incontestable, dice el folleto, que salvo algunas excepciones, la dirección del combate se perdió mas ó menos despues de las primeras descargas, y aun cuando se hayan tomado buenas disposiciones; que divisiones y brigadas enteras empeñadas por medios batallones y por columnas de compañía, se fundian completamente antes de llegar al enemigo, y que si este hubiese sabido aprovechar la ocasion, no solo en Trautenau y en Langensalza, habriamos hecho esta terrible experiencia.»

III.

FUERZAS MILITARES DE FRANCIA.

Sabido es que el ejército francés se forma con quintas anuales que son de 100,000 hombres en tiempo de paz, y que pueden elevarse en los de guerra á mayor número. La duracion del servicio, que era de 7 años antes de la ley del 1º de febrero de 1868, y que desde esta época es de 9, de ellos 5 en actividad y 4 en la reserva, permite á cualquiera calcular que añadiendo las reservas á las tropas activas, la Francia puede presentarse al enemigo con 600,000 hombres bien instruidos y disciplinados, y que en poco tiempo se aumentaria una mitad aquella cifra. 200,000 hombres de guardia nacional movilizada que van á instruirse en el campamento de Chalons y en las localidades designadas para este fin, se repartirán entre las plazas fuertes, y dejarán disponibles las tropas activas que hoy se concentran.

La infantería cuenta, además de 2 divisiones de la guardia imperial, 100 regimientos, 20 batallones de cazadores, 3 de tiradores argelinos, 4 regimiento extranjero y 3 batallones de infantería ligera de Africa.

La caballería se compone, además de la division de la guardia, de 57 regimientos de caballería ligera ó de reserva.

Hay tambien 20 regimientos de artillería de línea, 2 de la guardia y 3 de ingenieros. Entre las tropas de administracion, debemos citar aun los regimientos del tren de equipajes militares.

Todo el que conoce la historia militar, sabe lo que vale el ejército francés en el campo de batalla; pero lo que no se sabe tanto, es que tiene á su servicio una administracion llena de celo, de inteligencia y de actividad. La Francia puede enorgullecerse de poseer un cuerpo de intendencia militar y otro de oficiales de sanidad, donde hay muchos miembros que disfrutan de una gloriosa notoriedad científica.

IV.

EL ARMAMENTO EN FRANCIA Y EN PRUSIA.

La infantería francesa, como la prusiana, tiene por armamento el fusil de aguja. Todo el mundo sabe que este famoso fusil de que tanto se habla desde 1866, habia sido propuesto á todas las grandes potencias europeas, y rechazado en todas partes, excepto en Prusia, por diferentes motivos, entre los cuales parecian ser los principales que los soldados consumirían pronto su provision de cartuchos, quedándose en cierto modo desarmados antes del fin de la lucha, y que en dos ó tres semanas de campaña podian estropear esos instrumentos sobrado delicados. Estas objeciones habrian podido tener algun valor si la consecuencia del empleo de este fusil no fuera abreviar las campañas.

La Francia adoptó á su vez el mismo fusil; pero mejorándole. No hay duda que el sistema Chassepot no es la última perfeccion; mas de los ensayos comparativos que han sido hechos, resulta que es el mejor de los que actualmente se conocen. Mas sólido y menos susceptible de deteriorarse que el prusiano, el chassepot tiene una precision incomparable, un alcance superior al otro en algunos centenares de metros, ventaja inmensa, y que por último inspira al soldado francés una confianza absoluta.

En cuanto á la artillería, basta recordar los efectos inesperados que produjo en Solferino, destrozando al ejército de reserva que no estaba en accion, para no tener nada que temer de la comparacion con la artillería prusiana.

También se ha hablado mucho de las *ametralladoras* que deben producir, segun dicen, destrozos espantosos, y se han hecho de ellas descripciones de pura imaginacion, pues las experiencias hechas con ellas han estado siempre envueltas en el mayor misterio.

¿Qué valen las ametralladoras francesas comparadas con las prusianas? Pues naturalmente la Prusia tambien debia tener ametralladoras.

Esto es lo que no podemos saber hasta despues de haberlas visto á la obra.

V.

LOS MANDOS EN EL EJÉRCITO PRUSIANO.

El ejército prusiano se compone de 43 cuerpos de ejército, comprendiendo el de la guardia; pero no todos ellos tienen tantas tropas como los de Francia. Son organizaciones muy diferentes, y es de creer que la fran-

cesa, donde las divisiones desempeñan tan gran papel, se preste á una movilidad que corresponde perfectamente á las cualidades distintivas del soldado.

No sabemos aun cómo se han repartido los mandos de los cuerpos del ejército prusiano; pero pasando una rápida revista á los generales que tomaron parte en la guerra de 1866, estamos seguros de encontrar á los que harán frente á los franceses.

Despues de la victoria de Sadowa, se concedió una douacion á ciertos generales á título de recompensa nacional; y á la cabeza de esta lista figura el nombre siguiente:

EL GENERAL DE ROON.

Nacido en 1803, ha publicado escritos militares muy estimados en Alemania, y ha secundado con incansable actividad los proyectos del rey Guillermo para la reorganizacion del ejército prusiano. Como ministro de la Guerra en 1866, fué un instrumento precioso para M. de Bismark, de quien es satélite.

EL GENERAL BARON DE MOLTKE.

Nacido en 1800 en el Mecklemburgo, comenzó por servir en Dinamarca, y pasó despues al servicio de Prusia: es un oficial de estado mayor sumamente distinguido que ha hecho muchos viajes para completar su instruccion especial, y ha desempeñado muchas é importantes funciones. El fué quien preparó el plan de la campaña de 1866, y quien siguió su ejecucion. Ha publicado diversas obras y dirigido la publicacion de una relacion oficial de la campaña de Italia en 1859. El baron de Moltke es quizás el hombre mas eminente de su pais bajo el punto de vista militar.

EL GENERAL DE STEINMETZ.

De edad de setenta y cuatro años, comenzó su carrera militar en 1813. Posee una hermosa hoja de servicios, y no obstante su edad, habia conservado aun en 1866 una grande energía, tanto que en tres dias pudo batir consecutivamente, con sus mismas tropas, á tres cuerpos de ejército austriacos. El general de Steinmetz es miembro de la Dieta de la Confederación de la Alemania del Norte; pero no nos sorprenderia que el rey Guillermo quisiera aprovechar nuevamente la alta experiencia de este venerable capitán.

EL GENERAL BARON DE MANTEUFFEL.

El general de Manteuffel, nacido en 1809, ha dado mucho que decir, menos por sus hazañas militares que por sus rigores con las poblaciones anexadas ó vencidas. Antes de los sucesos de 1866, fué nombrado gobernador del Sleswig, donde ejecutó fielmente los proyectos de M. de Bismark, provocando diferencias continuas entre la Prusia y el Austria. En Francfort exigió una contribucion de 60 millones de francos, y los clamores de la Europa hicieron que su gobierno desaprobara su conducta. El baron de Manteuffel es guerrero y diplomático.

EL GENERAL VOGEL DE FALKENSTEIN.

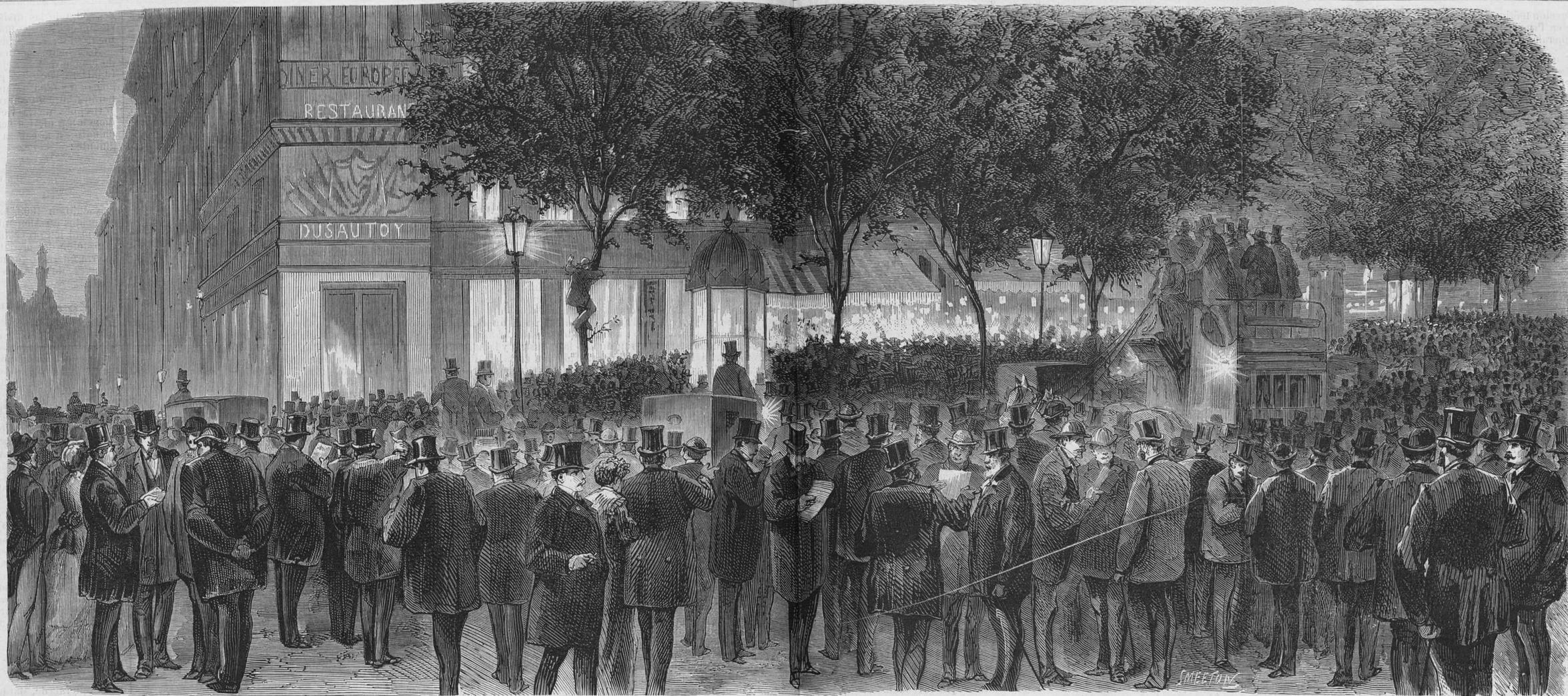
De edad de setenta y tres años, en el dia, se dió á conocer brillantemente en 1814, y cuando se firmó la paz, se entregó con pasion al estudio de la pintura. Hasta 1848 no volvió á tomar las armas, é hizo progresos en la carrera militar que nunca conoció en el arte de la pintura. Era jefe de plana mayor del ejército que operó en Dinamarca, con Wrangel, y en la guerra de 1866 tuvo el mando del ejército que fué enviado contra Hánover. Poco faltó para que sufriera un descalabro en Langensalza. Sus victorias contra las tropas federales fueron menos contestadas, y le abrieron las puertas de Francfort. Digno precursor de Manteuffel, el general de Falkenstein principió por exigir 300 caballos de silla y 4,000 de tiro; además de 43 millones en numerario. En un pais donde el vino es objeto de lujo, mandó á los habitantes que sirvieran á los oficiales una botella, y á los soldados un litro por comida. Todo lo demás en proporcion: ocho buenos cigarros al oficial y ocho ordinarios al soldado. Añadiremos que habia vecinos que tenian que alimentar hasta 300 oficiales y soldados.

Entre los generales prusianos cuyos nombres figurarán próximamente en los boletines, citaremos los nombres de Gøben, Bittenfeld, Canstein, Barnekow, Gerstein, Roder, Rozynski, etc., etc.

No podemos menos de mencionar tambien, porque sin duda ejercerán importantes cargos en la guerra actual:

1º Al príncipe real (Federico Guillermo), heredero de la corona, hijo del rey Guillermo, y que mandó el ejército del Oder en Sadowa. Este príncipe tiene treinta y nueve años.

2º Al príncipe Federico Carlos, hermano del rey, nacido en 1804, que mandaba el ejército del Elba, y cuya intervencion decidió el éxito de la memorable jornada del 3 de julio de 1866, cuya consecuencia es quizás la guerra actual.



PARIS. — El Bolsin del boulevard de los Italianos en la noche del 13 de julio.



LAS MANIFESTACIONES. — ¡ Viva la guerra !



LAS MANIFESTACIONES. — ¡ Viva la paz !

Añadiremos, por fin, que la instrucción teórica y práctica de los oficiales es muy grande en Prusia, y que entre ellos hay un rico plantel de generales distinguidos.

VI.

LOS MANDOS EN EL EJÉRCITO FRANCÉS.

Su Majestad el emperador Napoleón III, generalísimo.

El mariscal Leboeuf, ministro de la Guerra, está designado para las funciones tan importantes y difíciles de mayor general del ejército. Antiguo alumno de la Escuela politecnica, ex-presidente del comité de artillería, el señor mariscal Leboeuf, no se ha encerrado obstinadamente en la especialidad de su arma. La firmeza de su carácter, unida á una afabilidad que le granjea todas las simpatías, le hacen particularmente propio para la misión que el emperador acaba de confiarle.

El mariscal de Mac-Mahon, duque de Magenta, tiene sesenta y dos años. Sabidos son los títulos de este capitán ilustre, que se ha distinguido en todos los campos de batalla, en Argelia, en Crimea y en Italia. Los prusianos no se engañan sobre el ascendiente que tales hombres ejercen en sus tropas; saben lo que vale el duque de Magenta.

El mariscal Canrobert, nacido en 1809, hizo sus primeras armas en Africa, donde conquistó sus grados hasta el de coronel. Fué uno de los mas brillantes jefes de cuerpos del ejército, donde su intrepidez caballeresca vino á ser en cierto modo proverbial.

Como oficial general, se distinguió en la Crimea y en Italia.

Hay en la carrera militar del mariscal Canrobert un acto que le inmortalizará mas que habria podido hacerlo la mas grande victoria, porque este acto es personal, y no necesitó el auxilio de nadie.

Nombrado general en jefe del ejército de Oriente despues de la muerte del mariscal de Saint-Arnaud, no vaciló, en un momento dado, en descender de la primera categoría para ceder el puesto al general Pelissier, y en servir á las órdenes de este último.

Este rasgo de abnegación es verdaderamente admirable.

El mariscal Bazaine nació en 1811. Despues de haber fracasado en los exámenes de admisión á la Escuela politecnica, se alistó como soldado, de modo que ha recorrido todos los grados de la gerarquía militar, y en cada uno de ellos ha sabido distinguirse. Fué de general de brigada á Crimea, y volvió como general de división y con mucha fama. La victoria de San Lorenzo, en Méjico, le valió el baston de mariscal. Es un capitán admirable en el campo de batalla.

El general Frossard, nacido en 1807, es presidente del comité de fortificaciones, gobernador del príncipe imperial y comandante en jefe de su casa militar. El mando del campo de Chalons, que se le confió este año, le designaba naturalmente para el mando delante del enemigo de ese cuerpo de ejército. En todas partes en donde ha estado el general Frossard, en Roma, en Argelia, en Oriente y en Italia, no solo ha desplegado las cualidades superiores del ingeniero militar, sino el valor espontáneo del soldado. Sus compañeros de promoción no dudan que llegará á mariscal.

El general Bourbaki, nacido en 1816, es bien conocido en el ejército, donde sus ascensos tan rápidos han parecido naturales, porque los ha conquistado con brillantes acciones. Aunque es general de división, continúa siendo un zuavo por su presteza, su intrepidez y su deseo de ser enviado al puesto mas peligroso.

El general de Failly tiene sesenta y dos años, y aunque se haya señalado en Crimea y en Italia, ha adquirido su mayor notoriedad en Mentana, contra los gari-baldinos. Este general tendrá luego ocasiones de probar su bizarría.

El general Trochu, nacido en 1815, fué nombrado general de división en 1859. Es uno de los oficiales generales del ejército francés en quienes mas se fija la atención pública. Alumno de la excelente escuela del mariscal Bugeaud, con quien combatió largo tiempo en Africa, ha sabido ser á la vez un oficial de acción y un pensador. Director adjunto del personal en el ministerio de la Guerra durante muchos años, ha dejado allí recuerdos duraderos de su capacidad administrativa, y repetidas veces se ha tratado de confiarle la cartera de Guerra. Como inspector general ocupa un puesto aparte, en razon al cuidado particular con que estudia las aptitudes de los oficiales y sargentos. Es autor de una obra sobre el ejército, que cuenta numerosas ediciones. Tiene en su hoja diez y ocho campañas, y recibió en Crimea una grave herida.

Muchos oficiales generales distinguidos podríamos citar aquí, como los Ladmirault, Decaen, de Martimprey, Vergé, Douay, Desvaux, Ducrot, Duhesme, de Clérambault, de Cisse, de Salignac-Fénelon, Deligny, Picard, Forgeot, de Planhol, de Rochebouet, Lebrun, Rose, Pourcet, Castelnaü, de Courson, y tantos otros que habiendo hecho ya sus pruebas, arden en deseos de probar que están dispuestos á hacer el sacrificio de su vida á la causa nacional.

Pero este artículo se alarga demasiado; y ya tendremos ocasión de señalar nombres una vez comenzada la campaña.

E. Ch.

De Villahermosa á la China.

COLOQUIOS DE LA VIDA ÍNTIMA

POR DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

Libro primero.

ÚLTIMA NOCHE DEL MUNDO.

I.

Dentro de muy pocos años los bailes de máscaras en Madrid, ó habrán degenerado en repugnantes bacanales, ó habránse convertido en saraos graves y frios. Reinará en ellos el desenfreno de aquella clase desventurada que goza solo un día, ó presidirá sus insípidos placeres, bien la ceremonia de las córtes severas, bien el mojigatismo hipócrita de las córtes corrompidas.

O se reunirá en ellos lo mas abyecto de la sociedad, removida por el vértigo de un libertinaje grosero ó por una reacción violenta de las costumbres, se celebrarán bailes de córte con pedrerías, brocados y guirindolas de encaje, en los mismos salones en donde hemos asistido nosotros á las brillantes saturnales de nuestra revolucionaria juventud.

En ella, ni fueron nuestros carnavales la expresion de una demagogia libertina, ni la alegría del alma se encontró comprimida bajo la férrea mano de un despotismo nivelador ó de un puritanismo democrático.

Nuestros disfraces no fueron como en Venecia, el desahogo de la opresion oligárquica: nuestros salones no llegaron á la preocupacion licenciosa de los festines del Directorio francés. En medio de nuestras tristes querellas y de nuestras efímeras tiranías, entre nuestros anárquicos desórdenes y nuestras anarquías ordenadas; nuestras fiestas de máscara fueron la expresion genuina de aquella época, la representación espontánea y fiel de la sociedad en que vivimos nuestros juveniles años.

Entre la gravedad antigua que ocultaba á los ojos del mundo su disolucion, y la franqueza moderna destinada á disfrazar con apariencia de cordialidad la aidez del egoismo; entre la respetuosa cautela de nuestros mayores y el abandono descreido de la edad presente, nuestros festines vinieron á ser como un justo medio constitucional.

Mas en ellos que en las regiones de la política, mas en ellos que en la arena del combate de los partidos, mas en ellos que en la atmósfera borrascosa de las asambleas, fué por algunos instantes realidad el sueño ó la esperanza de aquellas almas generosas que quieren hermanar la libertad con el orden, y conciliar el santo dogma de la igualdad del hombre con la ley de las gerarquías sociales.

¡Oh! vosotros todos los que habeis buscado con afán las utopías de bienestar universal; vosotros, los que tan altamente habeis proclamado fusiones absurdas y coaliciones impracticables; vosotros, los que entre los prodigios de una civilizacion al vapor, habeis oido ensalzar el pontificado del verdugo; vosotros, los que entre el insolente lujo de las clases recién enriquecidas y la altanería desapiadada de las aristocracias liberales, os complacéis en descubrir alguna vez la hidalguía nativa del carácter nacional, revelando la orgullosa independencia y la caprichosa originalidad que le ha distinguido siempre, en vano le buscareis en las galerías del edificio que se levanta de nuevo. Removed los escombros de lo pasado y hallareis todavía los antiguos hogares de la nacionalidad española.

En esos vetustos cuarteles de la ciudad vieja aun quedan, como antiguos penates del culto de la patria, las corridas de toros y los bailes de máscaras. El miércoles de Ceniza que no veais el entierro de la sardina, tened por seguro que habrá desaparecido el obelisco del Dos de mayo.

No; no es exagerado entusiasmo, no es ilusion, no. Un baile de máscaras, una noche de máscaras... hubo tiempo en que fué para nosotros delicioso y soberbio espectáculo.

¡Un baile de máscaras! Noche de alegría, himno de júbilo, concierto de placeres para todo el que haya podido disfrutarle alguna vez en Madrid, libre de cuidados, de remordimientos y de pasiones demasiado profundas... ¡Un baile de máscaras!

Recuerdo dulcísimo, cuya imágen conservaremos siempre confundida con el eco apagado y lejano de los walses de Straus y con las espléndidas visiones del salon de Villahermosa. Podemos decir que bajo aquellos artesones pasaron las noches mas brillantes de nuestra mundana existencia. Nichos hay allí donde quedaron depositadas cenizas de nuestro corazón; allí ardieron las últimas pavesas de nuestras pasiones.

Y una mañana en que la luz del sol naciente, entrando por el semicírculo de sus altas vidrieras, mezclaba el matiz de sus ricos celajes con el brillo de las moribundas bujías y con las rosas ajadas de las soñolientas hermosuras, fueron aquellos indefinibles y melancólicos resplandores las antorchas funerarias de nuestros juveniles placeres, el *mane tecel fares* de nuestras postimeras alegrías.

Una de aquellas noches... No la describiremos; las

descripciones de Madrid no son poéticas. Faltan la intensidad y el misterio, y la larga distancia, y la antigüedad y la magnificencia á nuestra capital, que ni nombre de ciudad admite; falta la natural belleza en donde no hay vegetación, ni rios, ni aguas; falta el colorido del arte donde no hay monumentos ni edificios.

Pueden hacerse casas con ladrillos, pero catedrales y libros, palacios y epopeyas, no. Al que describe escenas de Madrid no le queda mas que la bóveda de su cielo y el corazón del hombre. Las calles, las plazas, los pórticos y las columnas, las escalinatas y las alamedas no darán nunca fondo de paisaje á sus recuerdos ni tono de color á sus pinturas. Hablemos en prosa.

Son las once y media de la noche de un 13 de febrero, en la Puerta del Sol. La ancha acera de la Carrera de San Gerónimo se ve cubierta, en toda su longitud, de personas que se dirigen á pié á la mansión de los placeres, mientras que carruajes de todas dimensiones y gerarquías hacen estremecer el pavimento.

Allá á lo lejos descubriéis entre los árboles, faroles espléndidos y flameantes piras que lanzan humo y resplandor sobre mil apiñadas cabezas. Allí es, en la extremidad de la espaciosa calle, en el ángulo del frondoso paseo, donde se levanta un palacio que revela, á pesar de su construcción moderna, la grandeza de nuestra antigua aristocracia, magnífica y suntuosa por dentro, llana y modesta en sus exteriores arreos.

Los artesonados techos de sus vastísimos salones cobijaron por muchos años á la sociedad elegante de Madrid, organizada en *Liceo literario*; durante estas noches, á la sociedad misma, constituida en fiesta de Carnaval. Allí se reunieron un día los partidos á representar sin careta una farsa de coalición; la noche que recordamos no habia disfraces de política ni diversiones de literatura. Era mejor; eran máscaras de alegría: era un baile; era un *ambigü*; era el Jerez y el *Champagne*; era el rigodon, era el wals, era la mazourka; era la juventud, era la alegría, la hermosura, el placer; era, no la felicidad sin duda, que no somos blasfemos ni insensatos, pero era de seguro el olvido de las penas del mando.

Allá van, allá corren, allá se lanzan todas las gerarquías y todas las edades: las aristócratas modestamente ataviadas, afectando el incógnito; las hermosas de la clase media, ostentando bajo su disfraz elegantemente descuidado, la riqueza de los trajes y el gusto de los adornos; las buenas mozas del pueblo, caprichosamente convertidas en vestales, en turcas y en Dianas, para valsar con sus moros y romanos.

Las puertas de aquel palacio ven pasar por sus umbrales un mosaico viviente de generaciones y razas. Espléndidos reverberos y flameantes hachones dan á aquel animadísimo vestíbulo el tono fuerte y pronunciado de su lumbre rojiza, que parece el principio de un incendio.

La escalera por donde sube aquella multitud es cómoda y anchurosa, y los salones pueden contener mas de dos mil personas; pero entre la escalera magnífica y el espacioso recinto hay una puerta medio cerrada, por la cual solo dos personas pueden entrar á la vez, y el menos versado en matemáticas comprenderá desde luego que la muchedumbre que de la calle afuye se irá acumulando mucho tiempo en la escalera, antes de que le sea dado penetrar por las guardadas angosturas de aquel destiladero.

Mas no es incómoda siempre aquella detención. A las puertas del encantado paraíso suele haber bellos ángeles custodios que no tienen espadas de fuego. Quien espera allí puede gozar la ilusion de todas las esperanzas. Es la impaciencia la condicion que ocasiona los mayores disgustos de la vida.

El que tiene el raro talento de saber esperar, suele alcanzar fortuna en amor, en política, en riqueza, en un baile... según la escalera por donde suba.

Nosotros íbamos subiendo por la de Villahermosa. Estaba cubierta de alfombras, iluminada de antorchas, enramada de mirtos, laureles y naranjos; perfumada con juncia y flores; y mas resplandecientes que el gas de los flámeros, mas lozanas que laureolas y arrayanes, mas olorosas que los claveles y jacintos, subían, como en alas de sus cintas y gasas, apoyadas al brazo de sus amantes ó amigos, las mas distinguidas hermosuras de la bulliciosa capital.

Lo hemos dicho ya: en Madrid no hay incógnito; de Madrid no pueden escribirse misterios. El círculo de la sociedad que se agita y se mueve es hartó reducido, para que todos los que giran en él no se conozcan antes de un año. La concurrencia del *Prado*, la de los teatros, la del Parlamento, hasta la de la Bolsa, es la misma siempre. A los pocos meses el forastero se ha familiarizado con los mismos semblantes, y en cualquiera reunion reconoce á sus colaterales por grupos, cuando no por individuos.

Al subir por la escalera de Villahermosa, nos es fácil echar de ver por el traje, por la voz, por el ademán, por los ojos, por la compañía, á veces por el olor de sus perfumes, qué personas suben á nuestro lado. Ya empiezan allí las *bromas*, las preguntas, las indicaciones, las sospechas, los empeños galantes, las intrigas de la noche, las esperanzas de algunos, los recelos de muchos, la desesperacion de no pocos, el aburrimiento ó la diversion de todos.

Aquella detención forzosa y la media hora que se tarda en acomodar los *abrigos*; son el prólogo, la introducción y á las veces el primer capítulo del libro de aquella noche. Cuando no se hace en él la exposicion del drama, se saben á lo menos los nombres de los in-

terlocutores. La falanxe marcha todavía en masa; pero suele recibir allí la orden ó meditar el plan de la batalla.

El guirigay de la fiesta, las oleadas, los atisbos, los chiehuos, las preguntas, las sorpresas, las carcajadas, las imprecaciones, la marea de movimientos, la tempestad de palabras empiezan allí. Cada uno extiende sus ojos codiciosos, y algo más que sus ojos alguna vez, hácia las cuatro ó seis personas que le rodean y le oprimen.

En lo alto de la escalera la vista no ve, ni el oído oye, ni el corazón siente más que aquello que á tres pasos de allí le sigue, le precede ó le mira. Los que están entrando ya, y los que pisan los primeros escalones, son allí las generaciones pasadas y la posteridad. Sordo todavía el murmullo de aquellas palabras, no hay chillidos de tiple ni ronquidos de bajo que sobresalgan; pero en el afán de reconocerse y de estudiarse, los oídos son bastante perspicaces para recoger todo sonido que desentone indiscreto en aquel susurrante y mal concertado *sotto-voce*.

Por eso, en la noche de que vamos hablando hirió vivamente el oído y llamó poderosamente la atención de todos, una palabra que pronunciaron simultáneamente dos personas muy distantes entre sí, si se atiende al sitio que describimos.

Tocaba con su pié una de ellas el umbral de la puerta; la otra acababa de subir el último escalón. La voz parecía de diferente sexo, pero la frase sonaba con la misma inflexión, como expresando el mismo sentimiento, como respondiendo á una misma pregunta. Aquellas dos personas dijeron tristemente y á un mismo tiempo: *La última noche del mundo*.

Harto singulares eran estas palabras en aquel sitio, sobremanera discordantes de las que circulaban en el sordo bullicio. Pronunciadas en un mismo instante por dos personas que no se habían comunicado, parecían, en los umbrales de una fiesta, como una maldición que lanzaran sobre ella los genios protectores de las virtudes severas.

Hubo sin duda quien levantó con terror la frente, ó volvió desavorido los ojos, creyendo haber oído el acento fatídico de algún solemne anatema. Hubo quienes tomaron la coincidencia de una frase tan inoportuna, por una chanza irónica, preludio de una broma de Carnaval.

Muchos, finalmente, debieron creer que la fatal palabra no era más que la contraseña, extravagante por cierto, que se habían dado dos personas para reconocerse y unirse. En efecto, la que desde atrás la había pronunciado lanzóse como á viva fuerza y con ojos centellantes, abriéndose paso hasta el salón: era un joven.

La que estaba á la puerta era mujer; vuelta la enmascarada frente, y en ademán de viva inquietud, esperó á aquel hombre. Se les vió contemplarse en silencio, decirse breves palabras, darse rápidamente el brazo, y entrarse los dos precipitadamente en el primer vestíbulo del estrepitoso recinto.

Entre tanto, las personas que más se habían sorprendido con aquellas palabras eran seguramente las que las habían pronunciado. Enteramente extrañas la una para la otra, tanto más se admiraron de haber sido un eco mútuo de su exclamación, cuanto que absolutamente no se reconocieron. No se conocían, no se habían visto nunca.

Cualquiera que hubiese sido el pensamiento de aquella respuesta, la imaginación de entrambos debió de exaltarse al sentirse los dos poseídos de una misma impresión, mayormente si aquella palabra había sido la expresión de un sentimiento profundo ó de un íntimo pesar.

Por eso la máscara volvió la cabeza sobrecogida. Por eso el joven corrió hácia ella, como la chispa eléctrica que busca su conductor. Por eso al encontrarse se miraron con sorpresa, sin poderse decir ni aun las palabras formularias de un saludo de urbanidad. Por eso después de aquella mirada penetrante, magnética, intuitiva, entablaron una conversación tan animada desde luego como si de mucho tiempo atrás se hubieran conocido.

Es fácil adivinar el objeto de su primer diálogo. Naturalmente debieron ambos inquirir la causa de aquella casualidad extraña; también la explicación pudiera ser en parte naturalísima: el joven hubiera podido quizá explicarla con dos palabras.

Cuando la máscara hubo observado detenidamente su fisonomía, pudo creer que aquella exclamación no encerrase un gran misterio. El que hemos llamado joven tocaba á la plenitud de su edad viril. Su rostro, había perdido ya la frescura de la juventud. A la luz del sol hubieran podido descubrirse algunas canas entre sus negros cabellos. En su traje se echaba de ver que descuidaba el esmero con que años antes podía haberse ataviado. Llevaba pantalón claro, frac azul de moda pasada abotonado hasta el cuello, corbata larga negra y guantes de indefinible color, rebujados como un ovillo entre sus manos demacradas.

No había nada señalado, nada distinguido en aquel hombre. Su estatura era mediana, su fisonomía común, su color moreno, sus ojos estaban casi cerrados, oscurecía su frente un gran sombrero, y en sus mejillas afeitadas se indicaban, como los primeros lineamientos de un dibujo, las arrugas de una senectud anticipada. Sus palabras eran cortas, inciertas, casi tímidas; sus maneras entre reservadas y encogidas.

Bien podía sospecharse y aun creerse que aquel hombre venía resuelto á asistir por última vez á un espectáculo tan poco en armonía con el exterior de su persona. La máscara pudo en el primer momento esperar

una aparición romántica; pero la inspección de su acompañante no debía darle de él una idea novelesca ni peligrosa.

No así la joven enmascarada. Al primer golpe de vista se reconocía en ella la señorita elegante, distinguida, esmerada. Llevaba un rico traje blanco, y un capuchón amarillo, casi transparente, que apenas pasaba de su cintura, dejaba suelto el flexible talle, y visibles los delicados contornos de una belleza creciendo y brotando todavía.

Reinaba en torno de aquella mujer el perfume fragante de juventud y de atracción que circunda como una aureola á las que no han cumplido los veinte años de una existencia de hermosura, de bienestar y de exquisitos cuidados. El leve tafetán que descubría la tercera parte de su rostro, permitía adivinar su cara ovalada y blanca, su boca fresca, sus labios vivamente sonrosados, su gesticulación vivaz y móvil, y al través de las rasgadas aberturas de su careta veíanse girar sus ojos con todo el brillo de un carácter ardiente, con toda la intensión y blandura de un alma sentimental y apasionada.

Era alta su estatura, ancho y sacado su pecho, rápido, vivísimo su mirar; voluble y nervioso su gesto, impetuoso su ademán, dulcísimo, penetrante, simpático el eco de su voz; clara, pronta, ingeniosa, aguda, pintoresca, casi oriental su expresión; y difícilmente se comprendía cómo aquella mujer, que era indudablemente una belleza distinguida, abrigase en aquel recinto pensamientos sombríos; cómo para aquella planta indígena de los salones, sobre la cual debían brillar como un sol vivificante las lámparas de los festines, pudiera ser una noche de baile y de placeres *la última noche del mundo*.

Esta observación hizo á la elegante hermosura su desconocido compañero con palabras modestas, pero singularmente tiernas y corteses.

La joven notó que había mucha dulzura en la expresión, un tanto reprimida y severa, de aquel hombre; que de sus ojos hundidos y cerrados, salían á las veces ráfagas de súbito resplandor; y señaladamente que tenía su voz inflexiones de suavidad y melodía, harto discordantes con la negligencia de sus maneras y con la austeridad de sus facciones.

Sus razonamientos le eran nuevos, la forma de su expresión pintoresca, aunque algo enigmática y profunda; aquel hombre parecía querer sacar principios generales de los hechos más comunes, pero tenía también el arte de revestir con imágenes brillantes las sentencias más severas. La bella máscara se encontraba bien al lado de aquel galán tan poco elegante.

Poco á poco, perdiendo su recelo, había soltado enteramente el brazo de otra máscara que la acompañaba, para seguir toda la conversación de su aparecido, recorriendo en multiplicados giros la corta extensión de la *sala amarilla*, sin que la estrepitosa orquesta y el canto de los coros, y la inmensa concurrencia del gran salón principal la llamasen á su tumultuoso recinto.

Había ciertamente en el hombre que la acompañaba aquel aire de natural predominio, aquella modesta dignidad de respeto, aquel sello particular de la verdadera superioridad moral, que infunde confianza porque presta indulgencia.

Encontraba en su carácter aquella independencia de las convenciones sociales y aquella exención de las vulgaridades reconocidas, que, sin llegar á la extravagancia en las maneras ni á la paradoja en las palabras, permite á los espíritus vagar libremente por los espacios de la fantasía, como permiten las alamedas de un parque correr de otro modo que por las calles de una ciudad.

La joven del gran mundo sentíase más inexperta que aquel hombre vulgar. La hermosa á quien brindaban las provocaciones de la coquetería, desdeñaba peticiones de baile para abandonarse complacida al sostenimiento de una conversación seria.

Conocíase que aquella alma, hastiada y aburrida del trato insustancial, gozaba con exageración infantil la ocasión de ostentar, bajo el incógnito de su disfraz, la riqueza de un talento que al fin tenía un espectador, el encanto de un lenguaje que encontraba un auditorio, y una libertad de espíritu y una candidez de corazón que en el comercio ordinario de la vida hubieran parecido inconvenientes ó ridículas.

Por otra parte, las conversaciones de un baile son siempre exaltadas. Al sonido de la orquesta, á la armonía de los cantos voluptuosos, al crujir de la seda rozagante, á la aspiración aromática de los pebetes y ramilletes, á la opulencia eléctrica de las gasas y de las plumas, al cruzar de las palabras tiernas y de las miradas atrevidas, ninguna sensación llega al alma con su ordinaria fuerza, ninguna idea conserva en el entendimiento su acostumbrado nivel.

En estos grandes centros de conocimiento las facultades de la imaginación se avivan y sus regiones se abrillantan; la esfera del sentimiento se dilata y engrandece, y á través de la humareda que á la razón ofusca, los objetos parecen más abultados. El amor es allí más entusiasta, la amistad más expresiva, la verdad más elocuente.

A la excitación simultánea de los sentidos corresponde un desarrollo febril de las facultades morales, y en un salón alumbrado por miles de bujías y cruzado por centenares de mujeres hermosas, dos diplomáticos ventilan una cuestión de derecho público con tanto ardor, como esfuerzan dos amantes la vehemencia de su afecto.

La joven máscara cedía sin saberlo á esta embriaguez y aturdimiento, cuando en la hora primera de su prime-

ra entrevista hacia á su interlocutor desconocido confianzas que nunca, ó sólo después de muchos meses se hubieran hecho en el paseo del Prado ó en un sarao de ceremonia. Quizá también aquel abandono procedía en parte de sus mismos tristes propósitos.

Quizá también aquellas confianzas indiscretas eran algo, como las declaraciones consoladoras de la confesión de una enferma que se despide de la vida. Quizá también aquella revelación desenfadada é imprudente no era más que el complemento de aquella melancólica idea, que el comentario de aquella doliente palabra con que había penetrado por los umbrales del templo de la alegría.

Posible parecía, en su disposición de ánimo, que si alguno hubiera podido reconvenirle de la libertad que respecto á sí propia se permitía, hubiera respondido con aquel anterior acento de amargura: *Es la última noche del mundo*.

II.

— Sí, decía con frases rápidas aunque interrumpidas; sí, es cierto. Yo había respondido la verdad. Sí, yo dejo el mundo; no mentía, no te engaño, no te engañaré. Esta es para mí la última noche de su pompa, de su ruido, de sus placeres. Te extraña que le deje y que le deje así. ¡Bien! ¡Qué importa! Te diré cómo, te diré por qué.

Mi exterior no te engaña; joven soy, muy joven en años aun; pero nací en el Mediodía y el Mediodía de España es casi el Oriente, casi los Trópicos.

A las orillas del Guadalquivir los árboles se hacen robustos y frondosos en diez años, las mujeres dejan de ser niñas á los doce; y allí, donde la juventud empieza con la vida, el amor nace con la infancia.

Cuando es aun invierno en todas partes, cuando los viajeros que aportan á aquellas riberas desde todos los puntos de Europa, sacuden, por decirlo así, los copos de nieve de sus vestiduras, las tempranas rosas de aquellos jardines tal vez han dejado caer sus primeras hojas.

El aire de febrero es allí muchas veces templado y amoroso, y la fragancia que trasciende de aquellos patios mezcla miradas y acentos de ternura en la brisa que la lleva, y esparce al viento ansias de placer, que caen sobre todos los corazones.

El amor es allí la vida desde que la vida empieza, es el aire, es la luz, es el cielo, es el susurro de los árboles, es el vapor que exhala, es el acento de todos los hombres, es la mirada de todas las mujeres.

Yo nací debajo de aquel cielo, respiré aquel ambiente, que embriaga más que el aire candente de estos salones, y escuché muchas noches revolotear por encima de las azoteas murmullos más armoniosos que la música de esos coros.

Era niña y amé. Dijéronmelo así á lo menos, así lo pensé yo, así lo dije también. Debí creer que no existía para mí ni otra obligación ni otro destino. En la educación que resulta de nuestras costumbres y de nuestro clima, el amor es el empleo, es casi el deber de su juventud.

Ni á nuestros ojos se presenta otro objeto, ni ocupan nuestro entendimiento con otras ideas, ni trabaja nuestra imaginación en otras fantasías. En la indolencia oriental de nuestra vida, las relaciones de amor son el único alimento del alma, se hacen como una devoción para los corazones sensibles ó para los espíritus contemplativos, y aun para los caracteres vulgares y para los temperamentos fríos sirven de pasatiempo usual á su desocupada existencia.

Yo fui precoz: crecí rápidamente; pero bajo las apariencias de la robustez, era débil, y á medida que mi juventud florecía, apoderábase de mí una languidez que daba cuidados. Esta disposición física me hacía más sensible á las primeras impresiones. Mis padres contemplaron demasíadamente á una niña enferma; dejáronle todos sus juguetes y sus juguetes eran amantes.

Rondaron galanes mis puertas, requebráronme en los paseos mancebos gallardos, y en las abrasadoras noches del verano pasaba muchas horas á la reja de las ventanas bajas en colojos, de que apenas conservo otra idea que de los gorjeos de los pájaros. Si había embleso en aquellas pláticas galantes, puedo confesar que su encanto estaba en mi corazón.

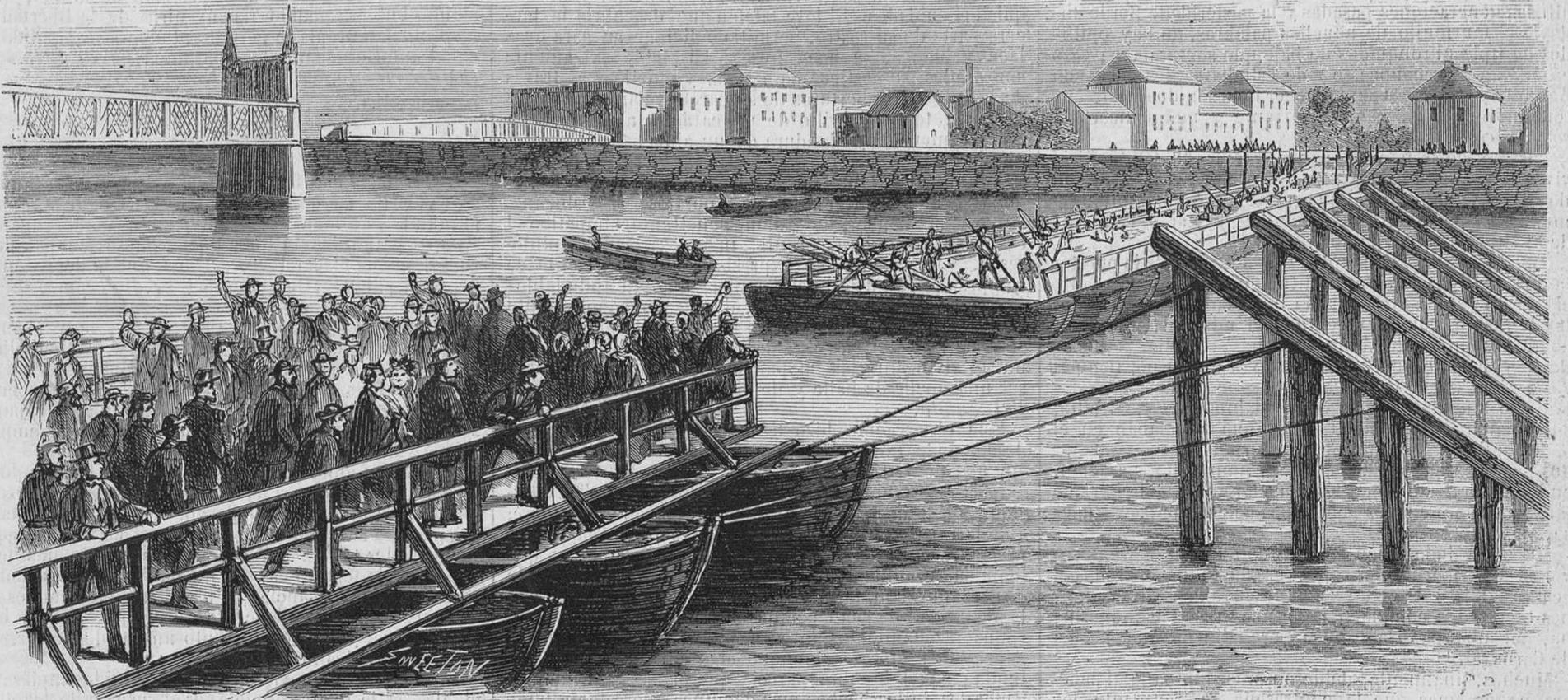
El sentido de aquellas palabras casi me era indiferente, casi desconocido; otro tanto hubieran hecho palpar mi pecho los susurros de un arroyo ó los murmullos del aire. No se mezclaba con aquellos amoríos la idea del crimen ni la de una falta siquiera.

Eran tan puras aquellas pasiones como los juegos de los primeros años. No había dejado de ser una inocente, cuando me tenían por coqueta, quizá por depravada. Sin duda para inspirar ideas austeras de deber se necesitan pasiones graves, exclusivas, intensas. Yo no las conocía; todos mis galanes de un verano no componían una pasión.

Queríalos ligera y locamente, porque me habían escrito un billete bordado, porque montaban airoosamente un fogoso potro en las orillas del río, ó porque habían trepado á la azotea sin miedo de estrellarse en los mármoles del patio.

Despedíalos más loca y ligera, porque habían tomado una flor de otras manos ó porque no habían concurrido á la iglesia á la hora que yo asistía. Era yo muy voluble, muy pérfida, muy intrigante, cuando ni aun el significado sabía de estas odiosas calificaciones.

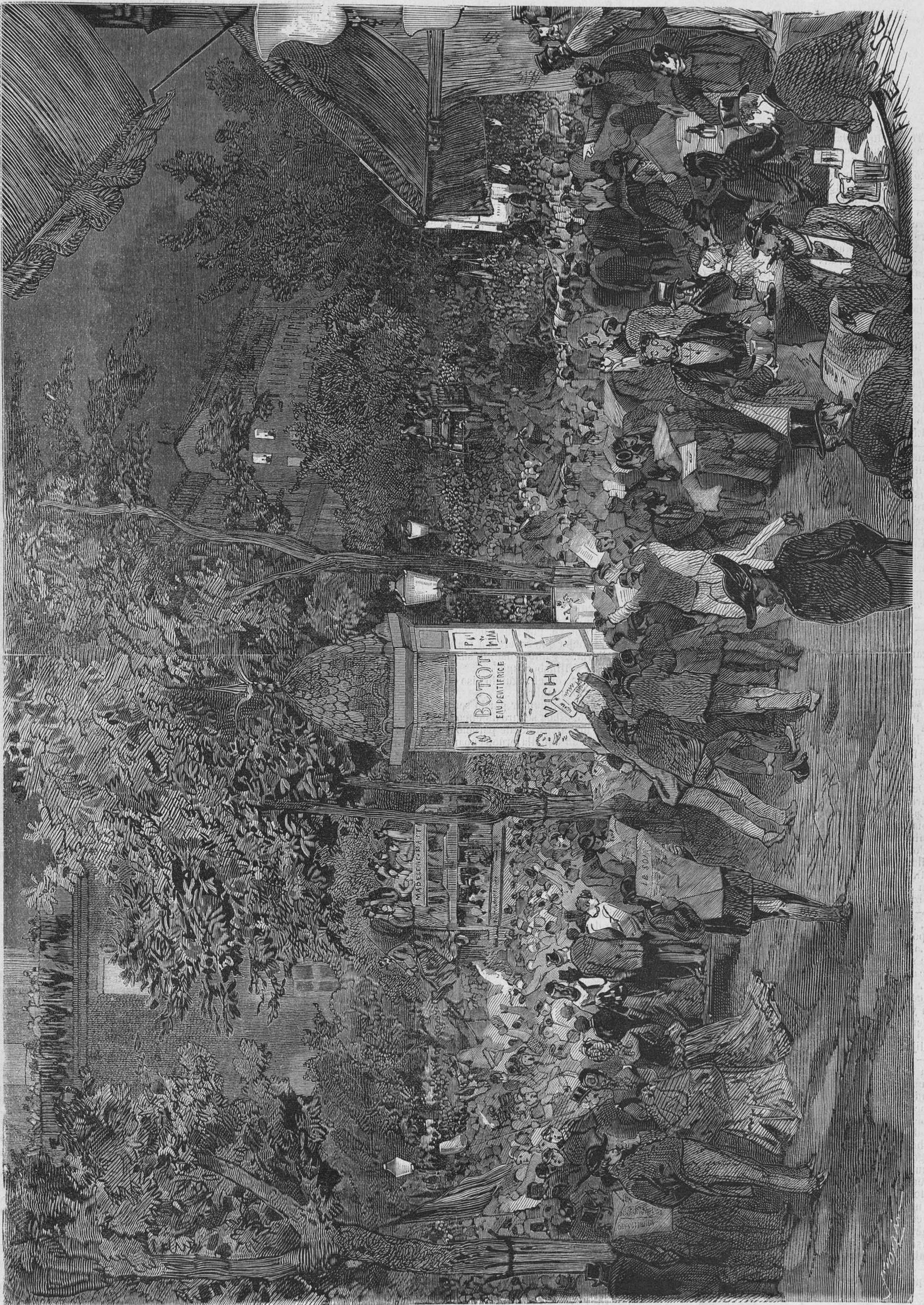
(Se continuará.)



ESTRASBURGO. — Los badenses replegando el puente de barcas del Rhin hácia la orilla alemana



LAS MANIFESTACIONES. — Escena en el boulevard de Estrasburgo.



PARIS. — Aspecto de los bulevares en las noches de las manifestaciones.

Escenas de la vida inglesa.

(Continuación. — Véase el número 916.)

EL OBRERO.

(Continuación. — Véase el número 916.)

Todo esto había pasado tan rápida y tan naturalmente, que Enrique, entumecido y quebrantado como estaba, no dijo nada. Solo cuando volvió mas en sí, fué cuando hizo alguna objeción.

— Pero ¿á dónde vamos? preguntó.

— A cambiar de aire y de sitio. Seré franco con vos; sois hombre capaz de soportar la verdad. Habeis recibido un choque que ocasionará probablemente una calentura cerebral, á menos que podais dormir un poco esta noche. Es seguro que en Hillsborough no podriais dormir, pues os despertaríais una docena de veces temblando como una hoja, y pensando que os van á volver á hacer saltar.

— Sí; pero ¿y mi madre? Si no estoy en casa á las siete, lo descubrirá todo.

— ¿Y si os entrara el delirio, no lo descubriría igualmente? Vamos, amiguito, fiaos en mi experiencia y en el interés que me inspirais. Cuando os haya instalado en el templo de la salud, y haya ido á visitar á un enfermo de la vecindad, el squire del pueblo, volveré á Hillsborough, é iré á contar á vuestra madre alguna historieta que inventaremos juntos ahora en el camino.

Enrique, muy inmutado, dió las gracias al médico por la bondad que tenia con un extraño.

El doctor Amboyne se sonrió y dijo:

— Si no fuérais forastero, sabriais que yo tengo la manía de salvar á los cuchilleros, y que si alguien me contraría, son ellos mismos, de modo que os tengo por un jóven muy sensato, y os agradezco que en la presente ocasion favorezcáis mi manía. Si fuérais un verdadero obrero de Hillsborough, insistiríais por tener una fiebre cerebral, á fin de pasar algun tiempo en una casa de sanidad nada mas que por incomodarme en mi manía.

Enrique estaba atónito. Aquel lenguaje le parecia demasiado excéntrico para que pudiera desde luego tomarle como formal.

— ¡Cómo! exclamó el doctor Amboyne observando su sorpresa, ¿nunca habeis oido hablar del doctor *Doscaras*?

— Nunca.

— ¿Nunca habeis oido hablar del corpulento estrambótico que va cantando por las calles? ¿poneos en su lugar!

— No, señor, nunca.

— Así es la fama. Pero dejemos esto por ahora que hay tiempo para todo. Mirad esa casa ruinosa: pues habeis de saber que la antigua familia á quien pertenecía es un palpable ejemplo de las vicisitudes humanas.

Y comenzó á contar á Enrique las curiosas peripecias de la susodicha familia, que en dos distintas épocas habia poseido bienes en el condado, de los cuales solo quedaban las ruinas de un antiguo castillo y de un palomar que debió ser tan grande como una casa moderna.

Después le enseñó un antiguo campo de batalla y le refirió los detalles del combate.

Cada sitio ofrecia una leyenda, y el doctor Amboyne sabia contar de un modo tan pintoresco, que Enrique estaba embobado oyéndole.

Por último, al cabo de un rápido trayecto de once millas, durante el cual habian respirado un aire puro y fortificante, volvieron de repente, entraron en una bonita aldea y se detuvieron al frente de una granja toda tapizada de hiedra.

— Este es el templo de que os he hablado, dijo el doctor, y aquí podreis dormir tranquilamente al abrigo de la pólvora.

La hija del Labrador salió radiante á recibir al doctor que se apeó, la llamó aparte, y después de haberla explicado el caso, la dió algunas instrucciones.

La jóven le interrumpió á menudo con exclamaciones de conmiseración, manifestando á la vez su buen corazón y su ingenuidad, pero prometió conformarse con las órdenes que recibia.

El doctor hizo señal á Enrique de que se acercara, y le dijo:

— Esta viva imágen de la salud que veis aquí ha sido una de mis enfermas, y os lo digo para animaros: ella os cuidará. Escribid una carta á vuestra madre, que yo vendré á buscar dentro de media hora, y decidla que habeis tenido dolor de cabeza y un poco de fiebre, que habeis consultado á un médico, y que este os ha aconsejado un cambio de aire inmediato, con cuyo motivo os ha traído á esta aldea. Escribid eso, que yo me encargo de lo restante. Nosotros los médicos sabemos disimular á las mil maravillas. Aun nos queda algo que aprender en ciertas enfermedades extraordinarias; pero de todos modos somos maestros cuando se trata de darlas un colorido especioso á los ojos de los moribundos, así como lo somos tambien en todo lo que es mentir por benevolencia.

Así que se marchó el doctor, la agraciada enfermera entabló conversacion con el enfermo.

— ¿Con que es verdad que os han querido hacer saltar por medio de la pólvora?

— Sí, es verdad, y hace pocas horas... Me parece un sueño.

— ¡Quién lo creeria al veros! Salvo uno ó dos rasguños, no se os conoce.

— ¡Oh! los rasguños no son nada, pero mirad mi mano como tiembla, y ordinariamente está mas firme que una roca.

— Sí, tiembla como una hoja... Sin embargo, no es de extrañar... ¡Pobre jóven! Venid á sentaros junto á la lumbre, mientras preparo vuestro cuarto. Nunca me ha gustado la gente de Hillsborough, prosiguió diciendo cuando Enrique se sentó al hogar; pero ahora la detesto. Os atacan porque os tienen envidia. Burlaos de ellos, que nunca vienen aquí, y si vinieran, tenemos en la aldea mozos mas robustos que los de Hillsborough, y no haria yo mas que alzar un dedo, aquí donde me veis, y todos ellos caerian al estanque ó correrian como gamos lejos de nosotros. Aquí hacemos lo que queremos, seguros de que nuestro squire conseguirá la aprobacion de la ley. El es un gentleman, y nosotros unos pobres aldeanos; pero nuestra familia y la suya han estado unidas desde hace mas de un siglo. Y á todo esto yo estoy charlando como una urraca, y olvido que teneis que escribir antes de que vuelva el doctor... Corro á buscar papel y tinta.

Seguidamente volvió con lo que hacia falta, y se quedó á su lado diciendo á guisa de excusa:

— Si escribiérais á vuestra prometida, me alejaria; pero como es á vuestra madre... Debe haber sido muy hermosa en su juventud, añadió echando una mirada de reojo á Enrique.

— Lo es mas que nunca á mis ojos, contestó Enrique con ternura. ¡Dios mio! Inspiradme lo que debo decirle para que no se asuste.

— Vaya, no quiero incomodaros con mi charla, dijo la jóven, y le dejó para subir al piso superior de la casa.

Allí encendió una buena lumbre en el dormitorio, abrió la ventana y lo dispuso todo para la mayor comodidad del enfermo.

Cuando bajó, Enrique la dió las gracias.

— Pero aun no sé vuestro nombre, añadió, ni tampoco el de vuestra aldea.

— No es un secreto, respondió la jóven sonriendo; me llamo Marta Dence para serviros, y este lugar se llama Cairnhope.

— ¡Cairnhope! repitió Enrique estremeciéndose.

Marta Dence abrió los ojos; pero no dijo nada, pues casi en el mismo instante entró el doctor á buscar la carta.

Enrique le suplicó que la leyese.

— ¡Hum! exclamó el doctor después de haberla recorrido; es una carta muy afectuosa y muy filial, que aumenta el interés que me habeis inspirado. Dadme la mano... La letra está un poco temblona... Si vuestra madre la ve, por mas que yo la diga, no me creerá... Será mejor que esperéis á mañana por la noche para escribirla... y ahora dadme sus señas, pues tengo que regresar á Hillsborough.

— Vive en el segundo piso en Cheette-street, núm. 48.

— ¿Su nombre?

— Con preguntar por la señora que vive en el segundo piso, estais seguro de encontrarla.

El doctor Amboyne pareció sorprendido y poco lisonjeado con aquella prueba aparente de falta de confianza; pero como era hombre muy prudente en esto de formar juicios, se abstuvo de todo comentario, y dió sus últimas instrucciones.

— Aquí teneis, dijo, un pomito con algunas gotas de agua de habas, es un remedio inocente y que, no obstante, suele producir efectos mágicos para calmar los nervios. Tomareis una cucharada tres veces al dia. De esta otra pocion sedativa no tomareis mas que en el caso en que no podais dormir. Quedaos con una lamparilla en vuestro cuarto, y tendreis toda la noche en la mano el cordon de la campanilla. Fijad vuestro pensamiento en el cordon y decid: Es para recordarme que estoy á once millas de Hillsborough, en una aldea apacible y al abrigo de todo peligro. Mañana subireis al pico de Cairnhope á respirar la fresca brisa contemplando en derredor cuatro condados. Por la noche escribireis á vuestra madre, y entre tanto yo trataré de tranquilizarla. Hasta la vista.

La memoria, si nos es permitida una comparacion trivial, suele parecerse á una escopeta vieja que acaba por soltar un tiro después de haber fallado muchas veces.

En tanto que el doctor Amboyne regresaba á Hillsborough, la tez curtida y las facciones regulares del obrero á quien acababa de demostrar tanto interés, llamaron mas su atencion que en el primer momento de alerta, y se dijo á sí mismo:

— Cabellos negros como el azabache, grandes ojos negros y un color moreno, es muy raro en el país, y me recuerdan...

Y el doctor retrocedió muchos años, hasta aquellos dias en que habia amado á una jóven de incomparable belleza á quien declaró su amor, y que le contestó compadeciéndole y estimándole; pero casándose con otro.

Este recuerdo acabó por absorberle hasta el punto que olvidó al jóven que así habia despertado su memoria; mas en cuanto se vió en Hillsborough, el doctor filósofo ahuyentó lejos de sí tales pensamientos, y pensó en ganar el tiempo que habia perdido.

Visitó rápidamente á varios enfermos, y á las seis estaba en Cheette-street, preguntando por la señora que vivia en el segundo piso.

— Sí, señor, está en casa, le respondieron... Pero no sé... vive tan retirada: no ha recibido ninguna visita desde que han llegado; ellos ocupan todo el piso, y su puerta está enfrente.

El doctor subió y llamó á la puerta.

Una voz suave y melodiosa le contestó que entrase, y una señora vestida de negro se levantó á recibirle.

Entrambos se miraron en silencio.

El tiempo y los pesares habian dejado señales de su paso; pero eran todavía los mismos ojos, el mismo cabello, el mismo semblante adelgazado y meditabundo, sin haber perdido su belleza.

Era ella, la única mujer que el doctor habia amado.

— ¡Mistress Little! dijo con una voz conmovida.

— ¡Doctor Amboyne!

Durante algunos momentos olvidó el asunto que allí le llevaba, para expresar la agradable sorpresa que le causaba aquel encuentro inesperado; mas recordando luego su mision que le alarmaba todavía, pensó que lo mejor que podia hacer era ganar tiempo.

Comenzó pues por reñir con dulzura á Mrs. Little porque habia vuelto á Hillsborough sin decirle nada; pero viendo que ella oia la reconvenccion con aire confuso y cortado, se decidió á entrar en materia.

— Mirad las consecuencias, dijo, me he permitido disponer despóticamente de un jóven, que es vuestro hijo.

— ¡Mi hijo! ¿Le ha sucedido alguna cosa? ¡Oh! doctor Amboyne.

— Debí estar algo indispuerto esta mañana, ó no quiso venir á consultarme, respondió el doctor con mucha serenidad.

— ¡Consultaros! Pero ¿qué le ha sucedido? ¡Si estaba tan bueno cuando me dejó!

— Lo dudo; se quejaba de fiebre y de dolor de cabeza; pero muy luego conocí que su estado moral no era bueno... Una contienda con los cuerpos de oficios... tenia buen aspecto; mi coche estaba á la puerta, su pulso estaba agitado; pero no hay nada mejor que el aire del campo, y así es que le he llevado é instalado en una granja.

Mrs. Little se sonrojó: estaba incomodada; pero en una persona de tan buen carácter, las incomodidades duran poco.

— Es la primera vez que nos separamos, dijo mistress Little suspirando.

El doctor vió trastornados sus planes, y dijo apresuradamente.

— Tomad mi coche para reuniros con él; es preferible esto al tormento que os espera.

— ¿Dónde está?

— En Cairnhope.

A estas palabras el semblante de Mrs. Little se inmutó visiblemente, y luego expresó como un temor supersticioso.

— ¡En Cairnhope! murmuró al fin. ¡Mi hijo en Cairnhope!

— Os suplico, dijo el doctor, que os calmeis; todo es efecto del acaso, es lo mas natural del mundo. He tenido la suerte de curar á Patty Dence de una angina cuando esta enfermedad diezmaaba la aldea, y tanto ella como su familia me están agradecidos. El aire de Cairnhope produce un efecto mágico en las personas que viven entre el humo, y Marta y Jael me permiten que de tiempo en tiempo las mande algun enfermo. Por esto llevé allí al jóven, ignorando quién era. Reuniros con él, si gustais, pero yo soy de parecer que no vayais; quisiera que durante cinco ó seis dias vuestro hijo estuviera libre de todo cuidado; es el remedio que necesita con el buen aire de Cairnhope.

— En ese caso será preciso que alguien le vea cada dia y me traiga noticias suyas. ¡Ah! doctor Amboyne, este es el principio, ¿cuál será el fin? Soy muy desgraciada.

— Mi criado irá todos los dias á caballo, verá á vuestro hijo y os traerá una carta.

— ¡Vuestro criado! repitió Mrs. Little con cierto orgullo.

El doctor observó su mirada.

— Si hubiera el menor motivo de alarma iria yo, dijo con un tono á la vez grave y afectuoso.

La principal dificultad estaba allanada.

El doctor Amboyne trató de hablar lo menos posible porque conocia las dificultades del terreno.

Cuando bajaba la escalera, la posadera entreabrió la puerta y le miró tímidamente, segun la costumbre de ciertas mujeres que no pueden dominar su curiosidad, pero que son sobrado delicadas para satisfacerla abiertamente.

El doctor la hizo una señal y la pidió un instante de entrevista á solas.

— ¿Os vendrian bien diez guineas?

— Ya lo creo, justamente ha vencido el alquiler de mi casa.

Pronto se hizo el trato.

La inquilina del segundo piso no debia saber una palabra relativa á la explosion que habia tenido efecto en casa de M. Cheetham. Ningun periódico de Hillsborough debia llegar á sus manos antes de que regresara su hijo, y si pedia alguno se la contestaria que todos estaban vendidos y en su lugar se la podria dar un diario de Londres.

Seguro de que tenia una vigilante y fiel aliada en aquella mujer, que verdaderamente demostró una firme resolucion de ganar las diez guineas, el doctor Amboyne se volvió á su casa, y su pulso latia mas deprisa que habia latido nunca en los diez últimos años.

Dejó á Mrs. Little penetrada de gratitud y al parecer bastante tranquila; pero así que se quedó sola la pobre madre, separada de su hijo se abandonó á vagos temores y apenas pudo dormir aquella noche.

En la mañana siguiente estaba devoraba por la inquietud, cuando el criado del doctor la trajo estas palabras de su hijo:



Mapa del Gran Ducado de Luxemburgo.

« Querida madre: Estoy mucho mejor. Os escribo por el correo.

» ENRIQUE. »

Hizo esperar al criado, le dió cinco chelines por su trabajo y le entregó un paquetito para su hijo. A este mensaje siguió una correspondencia, de la cual daremos algunos fragmentos para coordinar nuestra historia.

(NÚMERO 4.)

« Querida madre: He dormido muy mal la noche última, y me he despertado con dolores en todo el cuerpo como si me hubiesen dado de palos. Me han enviado al pie de Cairnhope y gracias al buen aire y al ejercicio he comido perfectamente á mi vuelta, lo cual ha alegrado mucho á Marta Dence, que me llenaba tantas veces el plato que he debido pedir misericordia. En cuanto os mande esta carta me iré á acostar, pues me cuesta trabajo no dormirme en la silla. Creo que mañana estaré completamente bueno. No os alarmeis, pues, querida madre, etc., etc. »

(NÚMERO 2.)

« Queridísima madre: Supongo que no pasais cuidado por mí. El doctor Amboyné me ha hecho muchas promesas; pero escribidme y decidme que no os inquietais y que mi separacion no os hace imaginar mil cosas imposibles. Todo esto es obra del doctor. No estaremos mucho tiempo separados, pues he dormido doce horas de un tiron la noche última y hoy me encuentro otro. Creo de veras que el aire de Cairnhope curaría á un moribundo.

» Gracias por la ropa y demás que me habeis enviado. Nunca olvidais nada. »

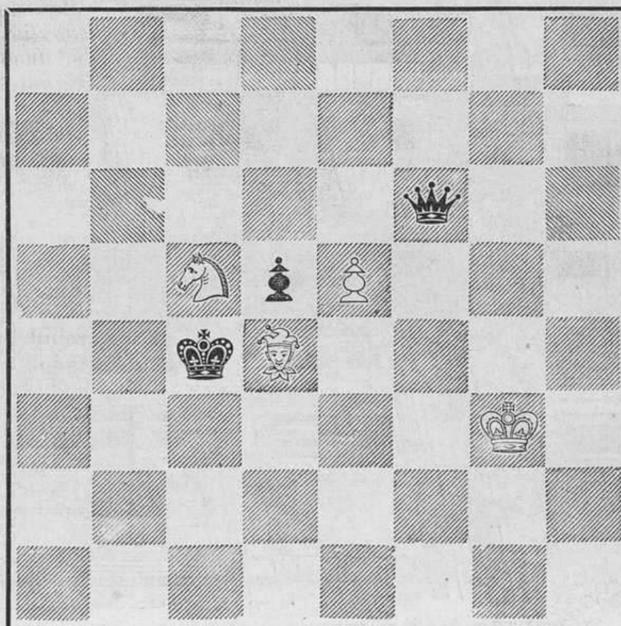
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 317.

- 1 A 8ª ARª T toma A
- 2 C 6ª R jaque R 5ª R
- 3 A 7ª TR jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 318, POR M. ARMAND DEMASURE.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

(NÚMERO 3.)

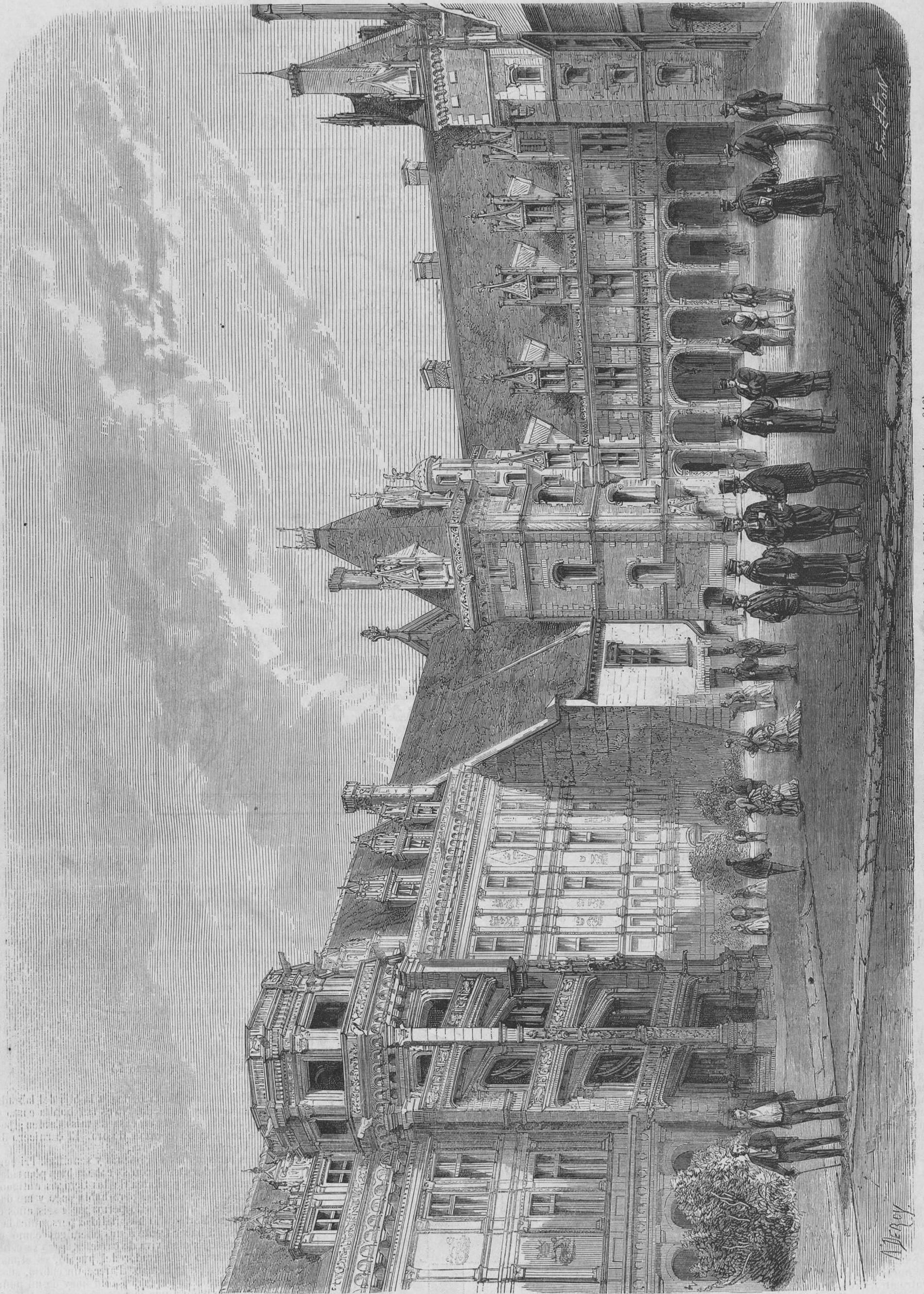
« No, hijo querido, no os apresureis á salir de Cairnhope. Naturalmente en el primer momento me alarmé sabiendo que estábais enfermo, y luego era nuestra primera separacion, lo que es siempre bien triste; pero ahora que estais ahí os suplico que no vengais hasta el completo restablecimiento. Nuestras cartas son una fiesta para mí. Ya que estais en Cairnhope — ¡qué extraño me parece! — id á ver la antigua iglesia en donde yacen vuestros abuelos. Allí encontrareis curiosas inscripciones que nadie podia descifrar cuando yo era niña; pero quizás vos podreis; ¡sois tan inteligente! El monumento de mi padre está en el coro y deseo que le veais. — P. D. ¿ Quién es Marta Dence? »

(NÚMERO 4.)

» Querida madre: Marta Dence es la hija del labrador en cuya casa estoy instalado. No es tan bonita como su hermana Jael la que está en casa de miss Carden; pero es una chica con un corazón de oro. El carnicero del pueblo la pretende por esposa.

» Todas estas gentes son buenas y sencillas. Primeramente, el labrador Dence con su cabeza bien plantada y calva como la de un patriarca de los tiempos antiguos. Se sonríe con benevolencia, pero habla poco y me da á entender que si quiero puedo permanecer seis años en su casa. Luego Marta es la hospitalidad personificada y está dispuesta á hacer frente á mis enemigos como un perro de presa. Es algo viva de carácter, pero se calma fácilmente. Luego el herrador del pueblo, es el buen gigante, como aquí le llaman. Parece un coloso, suave como un cordero. Podría matar á un buey de un puñetazo y no hace daño á una mosca. Yo soy su idolo. He ido á su taller y le he forjado uno ó dos cuchillos.

(Se continuará.)



EL ALTO TRIBUNAL DE JUSTICIA. — Vista del patio del palacio de Blois. (Véase el número 916).